

BOLSILIBROS  
BRUGUERA



SERIE  
**PUNTO  
ROJO**

# como una alucinación

vic logan



# **COMO UNA ALUCINACION**

**PR Nº 478**

Autor: Vic Logan

UUID: a873a748-662e-415f-b2a6-398f6dfe2373

Generado con: QualityEbook v0.78

# CAPÍTULO PRIMERO

EL día había sido caluroso y la noche, con su suave brisa, invitaba a tener abiertas las ventanas y terrazas de las casas.

Jeanne acababa de llegar, y como de costumbre, procedió a cambiar sus ropas por otras más livianas.

Se estaba desnudando cuando sintió la impresión de que alguien la observaba.

Intuitivamente se volvió hacia la ventana de su habitación, que al igual que la de la sala tenía fachada en la calle.

Entonces vio al hombre.

La observaba desde la terraza del edificio de enfrente, un piso más arriba que el suyo.

El hombre miraba a través de unos prismáticos. ¡La miraba a ella!

Jeanne lanzó un bufido y cerró la ventana de golpe bajando el gradulux.

—¡Maldito fisgón! —exclamó en voz alta.

Se cubrió con una bata y pasó al cuarto de baño.

Pensó en el mirón. No era la primera vez que se dedicaba a espiar con los prismáticos y mientras daba los grifos murmuró:

—Debe ser un perturbado. Siempre está ahí... Parece que esté esperando la hora que llego.

Cuando la bañera estuvo llena se sumergió en el agua.

Cinco minutos después sonó el teléfono y Jeanne salió del baño cubriéndose con una toalla.

Tomó el auricular y escuchó una voz conocida.

—¡Oh! ¿Eres tú, Charles? Sí... Estoy lista en un cuarto de hora.

Al otro lado del hilo Charles repuso:

—Subiré antes para tomar una copa.

—Bien, Charles. Te espero.

Jeanne colgó y se dirigió de nuevo al baño para secarse y vestirse nuevamente.

Diez minutos después había cambiado sus ropas y estaba lista para cuando Charles acudiera a buscarla.

Levantó unos instantes el gradulux para ver si el fisgón seguía allí.

¡Estaba!

Jeanne lanzó un insulto.

—¿Qué diablos pretende este hombre?

Pasó a la sala y preparó un par de vasos y una botella, luego de la nevera de la cocina sacó hielo y lo puso todo sobre la mesita de centro, para que estuviera preparado cuando llegara Charles.

Al pasar por delante de la terraza miró hacia el tercer piso de la casa de enfrente.

Por fin, el fisgón había desaparecido.

Se encogió de hombros.

Abrió el bolso y sacó un cigarrillo. Lo encendió y dio un par de chupadas.

Consultó el reloj. Eran casi las siete.

—Charles no tardará —dijo en voz alta.

Y Charles no tardó. Cinco minutos después llamaban a la puerta.

—Pasa, Char... —Jeanne se interrumpió al ver al hombre que tenía ante sí.

No. No era Charles.

—¿Qué desea? —preguntó.

—¿La señorita Jeanne Cronwell? —preguntó el desconocido.

Era un joven que no llegaba a los treinta años. Alto, bien parecido y con una sonrisa a flor de labios.

—Sí, soy yo. ¿Qué es lo que quiere?

—Bueno... Me gustaría charlar un rato con usted, señorita Cronwell.

—El caso es que estoy esperando a alguien... ¿De qué se trata?

—Es un poco largo... Si dispusiera de unos diez minutos.

—Lo siento, ahora no... Pero dígame al menos...

—En ese caso vendré otro día... En otra ocasión. Disculpe por

haberla molestado.

Y el joven hizo intención de alejarse.

—Espere. ¿Cómo se llama usted? —inquirió la joven.

—Mi nombre no le diría nada. Absolutamente nada.

—Pero...

—Si espera a alguien es mejor que me vaya... Cuando pueda hablar con usted me gustaría no ser interrumpido. En otro momento, ¿eh? Adiós, señorita Cronwell.

Y el desconocido se encaminó hacia la escalera y comenzó a descender rápidamente.

Jeanne cerró la puerta.

“¿Qué querrá ese hombre?”, se preguntó.

Encendió otro cigarrillo y consultó nuevamente su reloj. Eran las siete y cinco minutos.

Charles acostumbraba a ser bastante puntual, pero...

Se sirvió un refresco y apagó su cigarrillo.

Asomóse de nuevo a la terraza.

En el tercer piso de la casa de enfrente no había nadie. Pensó otra vez en el figón hasta que el timbre de la puerta la interrumpió.

Aquella vez sí que era Charles.

—¡Hola, pasa!

—Perdona el retraso. Está el tránsito imposible. —sonrió el recién llegado.

Era un hombre de unos treinta años. Vestía con elegancia y su aspecto en general era propio de una persona cargada de problemas. Algo así como un hombre de negocios.

—¿Whisky? —preguntó ella.

—Una chispita. Es muy tarde.

—¿A qué hora es la cena? —preguntó ella.

—A las siete y media. Tenemos el tiempo justo.

—¿Pero estás seguro que yo...?

—No hay ningún mal en que me acompañes. Los casados traen a sus esposas y los jefes a sus secretarias. Yo llevaré a una buena amiga.

—Bueno, pero esa clase de cenas de negocios...

—Lo de menos son los negocios, Jeanne. Tú tienes alguna experiencia, ¿no? Tu padre solía llevarte.

—Hace ya más de dos años, Charles... A veces me parece un

siglo. Dos años que papá murió.

Charles tomó su trago mientras se dirigía hacia la terraza para cerrar las puertas no sin antes echa: un vistazo a la terraza de la casa de enfrente.

—¿Qué miras? —preguntó Charles.

—No, nada...

—Estabas mirando algo... —sonrió él.

—Eres muy suspicaz.

—Soy agente de relaciones públicas... Debo tener vista para mis informes —sonrió él acercándose a la joven.

—No es nada, Charles... Un tipo de ahí delante... Noto que hace algunos días me observa.

—¿Que te observa? ¡Oh! Esto es normal. Eres muy hermosa.

—Me observa con prismáticos, sobre todo cuando me quito la ropa... —repuso ella con una sonrisa machacona.

—¡Ah! ¿Un voyeur, eh? Bueno... Llama a la policía. A lo mejor es un perturbado. Le harán una visita, le echarán un sermón y si tiene antecedentes le encerrarán.

—No, gracias... Pero me gustaría decirle cuatro cosas. Me estoy cansando de tener que cerrar puertas y ventanas.

—Averiguaremos quién es. Lo encargará a Peter. Es mi ayudante. Voy a llamarle. El no viene a la cena. Se quedó en la oficina. Hay mucho trabajo.

—No, déjalo. A lo mejor el figón se cansa.

—Es un momento. Además... se trata de una investigación.

Charles tomó el teléfono.

—No molestes a tu ayudante, Charles... Para saber cómo se llama basta llamar a la casa.

—¿Qué número es? ¿Lo sabes?

—El 327... Me fijé por casualidad. Abajo hay una tienda de ropa interior. El otro día estuve mirando el escaparate y por eso lo vi.

Charles buscó el listín telefónico.

—Número... 327, 327... Ahí está. Tienen centralita. Vamos a ver...

Comenzó a llamar y luego esperó la respuesta.

Una muchacha contestó al teléfono y Charles preguntó:

—Oiga... El inquilino del tercer piso.

—Hay dos puertas en cada planta, señor. ¿Qué nombre desea?

—No sé cómo se llama. Es el que tiene el apartamento con fachada a la calle.

Inmediatamente la telefonista replicó:

—En la tercera, A. No hay ningún inquilino, señor. El apartamento está vacío.

—¿Eh? ¿Quiere repetir eso? —y Charles al decirlo miró a Jeanne.

La telefonista no tuvo inconveniente en puntualizar.

—Le he dicho que el apartamento tercero A, está vacío. —y la joven colgó rápidamente el teléfono.

## CAPÍTULO II

—DEBE tratarse de un error, Charles. Pero allí hay un hombre.

—Un hombre que te observa con unos prismáticos —repuso conduciendo el automóvil por las atiborradas calles de Los Ángeles.

—¿Es que lo dudas?

—No, querida... ¿Por qué iba a dudarlo? Pero ahora hablaré con mi ayudante, puede ser que me haya confundido.

—Bueno, déjalo. Después de todo no tiene importancia. Si te he hablado de ello es porque me has preguntado.

—Procura cerrar las ventanas. Así chasquearás al mirón.

Y ya no volvieron a hablar más del asunto, aunque Jeanne no dejaba de pensar en lo extraño que resultaba que la telefonista hubiera dicho que, justamente, en aquel apartamento, “no había nadie”.

Luego, con la cena de la compañía a la cual Charles pertenecía, se olvidó por completo del asunto.

La conversación estaba presidida por los grandes jefes, y tal como había dicho Charles, todo el mundo iba acompañado de la esposa, e incluso de la novia.

Hubo música y por tanto baile y Jeanne bailó con gente conocida.

Herbert era uno de ellos.

—Tal vez no me recuerde, pero yo colaboré con su padre cuando trabajaba en la Unión Internacional, antes de fusionarse.

—¡Oh, sí! Usted era el ayudante del cajero... Creo que había venido un par de veces por casa.

—¡Qué memoria tiene! —sonrió el joven.

—Entonces vivíamos en San Mateo.

—Exacto. Yo no la he olvidado.

—Ya ve que yo tampoco, Herbert —sonrió ella.

Tras el joven Herbert, Jeanne complació a otro viejo conocido. Era un hombre de alguna edad y también viejo compañero del padre de la joven.

—¿Cómo le van las cosas, Jeanne? ¿Qué hace usted ahora?

—Trabajo en la Seneka Incorporaron.

—¡Oh! En nuestra compañía habría tenido siempre un puesto.

—Gracias, señor Clancy, pero nunca he querido un trato preferente. Sé que por ser hija de quien soy, hubiera tenido ciertos miramientos...

—Naturalmente, la Unión Internacional es como una continuación de la compañía a la que perteneció su padre.

—Precisamente, señor Clancy. Yo quería saber lo que valía por mí misma, sin recomendaciones.

—Me gusta usted, Jeanne. Tengo una hija, ¿sabe? Y me gustaría que pensara igual...

Y después de Clancy surgió un tercer conocido.

Al fin Charles pudo sacarla a bailar.

—Estás muy solicitada.

—Ya ves... —sonrió ella.

—Es natural. Sabía que no te aburrirías.

—Pensabas que contigo iba a aburrirme.

—Sé que te gusta recordar los viejos tiempos... Tu padre tenía mucha ilusión en que siguieras sus huellas. Sin duda cada vez que te miraba, veía en ti a un muchacho.

—Como mujer también hubiese podido seguir. ¿O es que la Unión Internacional tiene prejuicios contra las mujeres?

—¡Oh, no! Pero no te conocen a ti... Eres demasiado orgullosa... Pero bailamos ahora, ¿eh? Creo que ya me lo merezco.

La fiesta continuó.

Hacia la media noche, Charles y Jeanne se marcharon.

Al llegar a la puerta del edificio, cuya segunda planta ocupaba la joven, Charles murmuró:

—¿La última copa?

—Es tarde ya. Tengo que madrugar.

—Cinco minutos...

—Ni dos. En otra ocasión.

—Jeanne... No acabo de comprenderte. A veces pienso...

—No pienses —le cortó ella.

—¿No significo nada para ti?

—Un amigo, y como tal, deberías saber que no quiero compromisos.

—Bueno, bueno, paso que trabajes, sin que tengas necesidad..., que hagas una vida independiente, pero yo creo que deberías pensar en el futuro.

—Eso es llamarme vieja.

—No tergiverses las cosas.

—Charles... Sé dónde quieres ir a parar. Tengo veintitrés años. Sé lo que me hago. Seamos amigos, ¿eh?

—Como tú quieras.

—Adiós, Charles. Ha sido una cena encantadora.

—Adiós, Jeanne. Te llamaré mañana... ¡Oh! Me olvidaba del voyeur.

—¿De quién?

—Del tipo ése de los prismáticos.

—¡Oh! Ya no me había vuelto a acordar.

—Procuraré que se investigue el caso... Y, entretanto, cierra las ventanas, ¿eh?

Ella sonrió y agitó la mano cariñosamente.

Instantes después cerraba la puerta y subía a su apartamento.

Abrió la puerta, encendió la luz y se despojó del abrigo, caminando hacia la terraza.

El tercer piso de la casa de enfrente tenía las luces apagadas.

Quedó pensativa.

¿Cómo habían podido decir que allí no había nadie?

Se encogió de hombros.

Iba a entrar cuando bajo un farol de la esquina vio a un hombre que estaba mirando hacia la terraza.

Fijó su atención en él y creyó reconocer su fisonomía.

¡Sí!

¡Era el mismo que momentos antes de la llegada de Charles se había presentado con el deseo de hablar con ella!

¿Quién sería aquel individuo?

De pronto le vio desaparecer por la misma esquina y ya no

volvió a asomar.

Jeanne sintió un escalofrío. No era miedosa ni pensaba mal de nadie, pero repentinamente sintió la sensación de que era espiada.

¿Españada?

¿Por qué?

## CAPÍTULO III

ALLÍ estaba el hombre. Con sus prismáticos. La miraba.

Era una representación de lo ocurrido el día anterior, de lo de muchos días anteriores.

En el reloj, las manecillas señalaban las seis y media de la tarde.

Jeanne cerró la puerta de la terraza y fue directamente hacia el teléfono.

Buscó el número 327 de la calle y llamó.

La voz de la telefonista le contestó al otro lado del hilo.

—Lo siento... Pero en ese piso no hay nadie... ¿Quién llama, por favor?

—Soy... Bueno, no importa. Pero haría bien en comprobarlo, porque da la casualidad que detrás de los cristales de la terraza de ese apartamento hay un hombre con unos prismáticos.

—¿Está segura? ¿Puede verlo usted? —preguntó la joven del teléfono.

—¡Claro que puedo verlo! Yo vivo enfrente.

—Déjeme su número de teléfono. Mandaré a alguien a comprobarlo, pero me extraña mucho. El apartamento pertenece al señor Maddox y está ausente desde hace un mes. Es probable que no regrese hasta las navidades. La casa se limpia dos veces por semana, y es una mujer la que hace la limpieza.

—Bueno, pues compruébelo, porque tiene que haber alguien. Y no es que a mí me interese. Lo que quiero es que dejen de observarme. ¿Comprende?

—¿Me da su número? —inquirió la telefonista.

—Está bien, anote: 24-48...

La telefonista anotó el número completo y colgó.

Inmediatamente llamó a otro número correspondiente al teléfono interior.

—Sam —murmuró cuando contestaron—. Soy Carol, Sam. Ven. Necesito que hagas una comprobación.

Momentos después, un hombre entrado en años, con un mono grasiento y barba de un par de días recibía instrucciones de Carol, la telefonista de la casa número 327 de St. George Street.

—¿El apartamento del señor Maddox? —murmuró el viejo.

—Sí. Una vecina asegura que ha visto a alguien mirando con unos prismáticos. Seguramente se ha confundido.

—Deme la llave.

La telefonista sacó, de debajo el mostrador, la llave que estaba colgada en el número tres, A y se la entregó al viejo.

Sam tomó al ascensor y subió hasta la tercera planta.

Tal como había dicho Carol existían dos puertas, únicamente, una para el apartamento orientado a la parte posterior de la calle y otra que daba a la fachada principal. Este era el asignado con la letra A.

Sam abrió la puerta con algún sigilo.

Asomó un instante y llamó:

—¡Eh! ¿Hay alguien ahí?

Nadie respondió.

Sam parecía tener un poco de miedo. Entrar en una casa oficialmente deshabitada, en la que se supone que hay algún intruso, no era precisamente algo agradable.

Avanzó con sigilo.

Sus pasos no se notaban gracias a la mullida alfombra.

El apartamento estaba sumido en la penumbra.

Dio el primer conmutador de la luz que encontró a mano y no se encendió ninguna lámpara.

—Claro —dijo en voz alta—. Si no hay nadie...

Regresó a la puerta de entrada y abrió el cuarto destinado al contador.

La llave de paso estaba cerrada. La abrió.

—Aquí no hay nadie... Hay gente que ve visiones —masculló más que nada para darse ánimos.

Y siguió avanzando...

Entretanto, alguien hacía sonar el timbre de la puerta de la casa de Jeanne.

Cuando la muchacha abrió la puerta se encontró, nuevamente, con el desconocido del día anterior.

—¡Ah! ¿Es usted?

—Espero que hoy no tenga usted ningún compromiso.

—No... No —murmuró ella.

—Bueno. Si me deja pasar.

Jeanne pareció dudar un momento.

—Comprendo que a primera vista tenga un poco de desconfianza. Usted no me conoce y...

Ella cortó rápida.

—Y ayer estaba usted en la esquina, espiando mi casa.

—Bueno... Espiar no es la palabra adecuada —sonrió el desconocido.

—Entonces, ¿qué hacía?

—Pues... La verdad es que... En fin, seré sincero. Si usted se hubiese fijado antes se habría dado cuenta de que la seguí cuando salió de la casa acompañada con un hombre.

—¿Me siguió...?

—Dije que sería sincero —repuso el desconocido.

—¿Quién es usted? —indagó ella frunciendo el entrecejo.

—Estuve también en ese restaurante donde usted fue a cenar —añadió él sin darse a conocer.

—¿O sea que toda la noche estuvo detrás de mí?

—Sí. Así es. Lo confieso.

—¿Con qué objeto?

—Si me deja entrar se lo diré.

Jeanne tornó a vacilar. Al fin se hizo a un lado para franquear la entrada al joven.

Cerró y se volvió hacia el hombre que miraba el apartamento como si lo estuviera reconociendo.

—Mi nombre es Patrick Rowlan... Suelen llamarme Pat.

El bajó los dos peldaños que separaban la entrada de la sala principal del apartamento.

—¿Quiere... beber algo? —ofreció la joven titubeante.

—No, no, gracias. Procuraré ser breve para..., para no cansarla a

usted.

—Bueno... Siéntese.

—Gracias.

Pat Rowlan tomó asiento en una butaca y comenzó a jugar con el sombrero del que se había despojado al entrar en la casa.

—¿Y bien...? —empezó Jeanne.

—Soy... Bueno. Fui compañero de Albert Stevens.

La joven se le quedó mirando con los ojos muy abiertos.

—Sí... Supuse que... que ésa sería su reacción.

—¡Váyase de mi casa!

—Pero...

—¡He dicho que salga de mi casa!

—Yo no creí que...

—Salga.

—Albert me dijo...

—No me importa lo que le dijo Albert. ¡Salga!

—Lo siento. Pensé que se extrañaría, pero no que...

Ella avanzó con paso firme. Subió los dos peldaños y abrió la puerta indicándole la salida.

—Está bien. Veo que me he equivocado. Soy demasiado confiado.

—No sé lo que es usted, pero no vuelva a poner los pies en mi casa. ¡Nunca!

—Perdone, señorita. No era mi intención...

—¿Cómo se atreve? Podría llamar a la policía y...

—Por favor... Si al menos me hubiera dejado explicar.

—No hay nada que explicar. Váyase.

El joven estaba ya en la puerta. No parecía aturdido, pero sí desalentado. No existía en él ningún síntoma de animadversión hacia la muchacha.

—Comprendo que he sido engañado. Albert se burló de mí. Yo creí que ustedes... Bueno, pensé que... No importa.

Estaba ya en el umbral de la puerta y Rowlan sonrió:

—Perdone, señorita. Si lo llego a saber, le doy mi palabra que no vengo a importunarla. Albert me tomó el pelo. No se lo reprocho. Allí no hay muchas distracciones. Excúseme. Buenas tardes.

Había un deje de impresionante sinceridad en las palabras del desconocido.

Estaba fuera de la casa y Jeanne le llamó:

—Espere un momento.

Él se volvió.

—¿Ha dicho que se llamaba?

—Pat Rowlan.

—¿Y qué le dijo exactamente Albert Stevens?

—Pues... que habían sido ustedes novios.

Ella guardó silencio.

—¿También me mintió en eso?

—No, señor Rowlan. No le mintió. Por desgracia Albert Stevens y yo fuimos novios... —repuso ella.

En aquel momento el teléfono la interrumpió. Indecisa terminó por dejar la puerta abierta para ir a contestar a la llamada.

En el otro lado del hilo se encontraba Carol, la encargada del teléfono del edificio 327.

## CAPÍTULO IV

CAROL aclaró:

—El encargado del aire acondicionado acaba de inspeccionar el piso del señor Maddox, el apartamento tercero, A, y desde luego puede estar segura de que no hay nadie. Posiblemente se ha confundido usted.

—Yo estoy segura de no haberme confundido —repuso Jeanne.

—Pues no sé qué decirle. Insisto en que ese apartamento está vacío.

Desde el teléfono y de nuevo con la puerta de la terraza abierta, Jeanne podía ver la terraza del tercer piso del 327 que permanecía a oscuras.

—Está bien, señorita. Gracias. —Jeanne colgó.

Era otro problema, cuyo alcance no llegaba a comprender. Pero de una cosa estaba completamente cierta.

¡No había visto visiones! En el tercer piso de la casa de enfrente un hombre aparecía algunas veces con unos prismáticos.

—No lo he soñado —musitó para sí.

Luego volvió los ojos hacia su visitante que seguía en el umbral de la puerta, pero sin entrar.

Dudó un instante sobre lo que era más conveniente hacer con aquel individuo.

Por su aspecto era hasta agradable, pero venía a hablarle de Albert Stevens... Y ese hombre era algo que Jeanne creía haber olvidado. Es decir... Quería olvidar definitivamente. A toda costa. Como si Albert Stevens estuviera muerto.

Avanzó hacia la puerta y en un susurro invitó a Pat:

—Pase usted.

—Siento de veras haber sido causa de... Bueno, de traerle malos recuerdos.

—Siéntese y dígame qué ha venido a buscar a mi casa.

—Yo creí que Albert y usted a pesar de haber roto, seguían siendo buenos amigos.

—¿Buenos amigos?

—Sí.

—¿Se lo dijo Albert?

—Sí.

—Y usted lo creyó.

—No tenía motivos para pensar que mentía. Me hablaba a menudo de usted.

—¿Y no le contó la canallada que hizo?

—No... No habla mucho de él, pero yo creía que era una buena persona.

—¿Es que hay buenas personas en la cárcel? —sonrió Jeanne con cierta ironía.

—Bueno... Puede encontrarse alguien que... ¡Pero sería inútil! Será mejor que me vaya —espetó Pat alejándose nuevamente hacia la salida.

Se volvió para decir:

—Olvídese. No le hubiera molestado de haber supuesto su reacción... Pensaba que se extrañaría, pero no que... En fin, buenas tardes.

—Espere, señor Rowlan. Todavía no sé por qué ha venido. Y me interesa saber qué es lo que pudo decirle Albert Stevens.

Tras una pausa, Pat Rowlan murmuró:

—Me dijo que usted... que usted podría darme trabajo.

—¿Que yo...?

Jeanne, más que sorprendida, parecía estupefacta.

—Esto es absurdo.

—Sí, claro...

—¿Y qué clase de trabajo se suponía que podía darle yo?

—Yo era contable..., contable... bastante competente, pero entonces me parecía que podía aspirar a más y... Pero esto a usted no le interesa. Olvídalo todo.

—Espere, señor Rowlan. Quiero saberlo todo. Yo no puedo

ofrecerle ningún empleo, y no comprendo qué pretende Albert con eso.

—Gastarnos una broma. A usted de muy mal gusto.

—Desde luego, porque con Albert nada tengo que ver. A menos que...

Vaciló un momento. Luego retrocediendo un paso taladró con sus ojos a Pat.

Pareció un poco asustada y su visitante se apercibió de ello.

—¿Qué le pasa?

—Nada.

—¿Por qué me mira así?

—¿Qué fue lo que dijo Albert?

—Sólo... me dio sus señas.

—Mis señas no eran ésas cuando a él le detuvieron por lo que hizo.

—Lo sé... Él se enteró... Bueno, me dijo que usted le había escrito diciéndole que se había mudado a Los Ángeles. El domicilio lo averigüé yo mismo.

—No quiero saber nada. ¡Váyase! —exclamó ella cambiando rápidamente de opinión.

—Está usted asustada.

—¡Váyase! —exclamó la joven sin dar un solo paso.

Pat Rowlan frunció el entrecejo. Parecía que no acabara de comprender la actitud de la joven.

Al fin hizo un movimiento afirmativo y fue hacia la puerta, la abrió y desapareció cerrando tras de sí.

Jeanne se sirvió un whisky.

Ahora todo el temor parecía añorar a la superficie.

Estaba asustada. Muy asustada.

Fue hacia la terraza e instintivamente miró al tercer piso de la casa de enfrente.

Seguía a oscuras.

Regresó para tomar el teléfono. Marcó un número sin consultar y esperó la respuesta.

El teléfono resonó insistentemente durante varios segundos sin que nadie lo tomara.

Colgó.

Su nerviosismo aumentaba por momentos.

Fue hacia la puerta y miró a través de la rendija. El rellano estaba vacío. Sólo podía ver la puerta del otro extremo. Al igual que en la casa de enfrente cada planta de aquel edificio sólo contaba con dos apartamentos.

Regresó a la terraza y salió un momento.

Al mirar a la calle vio a Pat Rowlan.

Acababa de salir un tanto indeciso, el joven cruzó la calle para dirigirse hacia la esquina donde ella le había visto la noche anterior.

Pat Rowlan se volvió para mirar al balcón.

Instintivamente Jeanne se ocultó.

De repente tuvo un sobresalto al oír el timbre. Era el teléfono.

Se repuso y contestó a la llamada.

Al oír la voz de Charles se tranquilizó.

## CAPÍTULO V

—BUENO. ME has pedido que viniera y estoy aquí —sonrió él quitándose el sombrero y pasando al interior del apartamento.

Ella fumaba nerviosamente.

Charles sonrió:

—¿Te das cuenta? —murmuró—. Es la primera vez que me pides que venga y esto hay que celebrarlo.

Jeanne continuó en silencio.

Charles fue hacia el mueble bar para buscar la botella del whisky.

—Puesto que no me invitas, lo haré yo mismo. Hoy tengo más tiempo... ¡A propósito! Encargué a mi ayudante que se ocupara de ese vecino tuyo tan... indiscreto.

Ella asintió sin comentar.

Charles prosiguió después de haberse servido una regular dosis de bebida.

—Se llama Maddox. Parece que es un hombre de negocios que viaja con frecuencia. Ahora está en Brasil y proyecta pasar las navidades en su apartamento. Cuando está vive solo, pero en estos momentos el apartamento está desocupado.

—Ya lo sé —dijo ella lentamente.

—¿Lo sabes?

—Sí... Hoy le he visto otra vez.

—¿Eh? —exclamó Charles asombrado ante el contrasentido de las palabras de la joven.

—Sí. Estaba allí. Yo no soy una visionaria, Charles... Estaba allí.

—Pero no puede ser.

—Digo que estaba allí. Detrás de los cristales con sus horribles anteojos... Por eso llamé a la casa.

—¿Y te dijeron...?

—Lo mismo que acabas de decirme tú. Su nombre y que estaba ausente hasta las navidades... Parece como si todo el mundo se lo supiera de memoria.

—¿Crees que mienten?

—No lo sé...

—¿Me has llamado por esto?

—No, Charles... Casi no sé por qué te he llamado.

—Oh, mi querida Jeanne... Vives demasiado sola. Necesitas compañía, aunque te esfuerces en demostrarte a ti misma lo contrario.

Se había acercado a ella con el propósito de mimarla, Pero Jeanne se apartó suavemente.

—No... no necesito a nadie, pero aparte de ese individuo que no existe... Hoy, he tenido otra visita.

—¿Algún amigo?

—No, Charles. Ni siquiera le conocía... Tal vez debí llamar a la policía, pero... no tengo motivos.

—¿Quién era el que vino a verte? —inquirió Charles arqueando las cejas.

—Un amigo de... Albert Stevens.

—¿Albert Ste...? ¡Oh! ¿Y qué quería?

—Nada... Trabajo.

—¿Trabajo? ¡Esto es absurdo! ¿Quién le envió?

—Albert...

—¡Es inconcebible!

—Sí. Lo es.

—¿Es que no sabía que Albert y tú habíais roto?

—Él dijo que no sabía nada y parecía sincero, pero de repente me acordé de algo.

Charles quedó silencioso esperando que la muchacha continuara.

—Cuando ocurrió aquello, un día Albert pidió que fuera a verle y fui. En realidad no me importaba ya en absoluto, pero fui... Siempre esperé que me diera una explicación, que me contara por qué lo hizo. No sé... Tal vez el deseo de oír una disculpa de sus labios fue lo que me decidió a acceder a su súplica.

Charles seguía aguardando el final del relato de Jeanne.

Ella continuó.

—No fue muy locuaz, y en aquellos momentos sus palabras no hicieron el menor efecto en mí.

—¿Qué fue lo que te dijo?

—Que algún día se vengaría.

—¿De ti?

—Sí.

Y tras un silencio añadió:

—Textualmente dijo: “Te mataré, pequeña víbora, te mataré. Si no lo hago yo, lo hará otro en mi nombre, pero te juro que no llegarás a vieja”.

Y al recordar esa sentencia pronunciada por un condenado se estremeció.

Charles musitó:

—Necesitas beber algo.

## CAPÍTULO VI

CHARLES conducía el coche por la asfaltada avenida A su lado Jeanne permanecía silenciosa.

El hombre dobló por una calle transversal hasta detenerse delante del puesto de policía.

—Bueno. Hemos llegado —dijo él—. Ahora no tienes más que repetir todo esto al inspector de guardia para que tome las medidas oportunas. Tienes derecho a que te proteja... Desgraciadamente yo no puedo disponer de todo el tiempo que quisiera dedicarte.

—Gracias, Charles, pero... —Jeanne parecía indecisa, sin moverse del auto.

—¿Qué te ocurre?

—Pienso que puedo equivocarme. Tal vez ese Patrick Rowlan dijo la verdad.

—Si era amigo de Albert y él le mandó, es natural que desconfíes, Jeanne, y harás bien en presentar la correspondiente denuncia. ¡Hala, vamos!

Charles bajó del coche y pasó al otro lado para abrir la portezuela del lado que se sentaba la joven.

—No quisiera perjudicar a nadie.

—Te preocupas demasiado por los demás. Sal.

Ella obedeció.

—Tal vez lo consideren una tontería, Charles... Si cada persona que tuviera un temor acudiera a la policía, no habría bastantes agentes.

—Que pongan más, para eso pagamos los impuestos. Pero tienes que informar de esa visita. Albert te amenazó y aunque tú no lo

tomaras en serio tal vez él no haya pensado en otra cosa, en todo el tiempo que lleva encerrado. Desgraciadamente, hay gente que nunca olvida y en la cárcel hay mucho tiempo para pensar.

Estaban ya en la calle a pocos metros de la entrada de la brigada del distrito.

Charles la tomó del brazo y poco después, juntos, cruzaban la puerta.

Les atendió el agente de primera clase Andrew Holman.

Tomó nota de todo cuanto le manifestó Jeanne con gesto más bien escéptico.

Charles, de cuando en cuando, tomaba parte en la declaración para remarcar algunos extremos.

—Ese Albert —dijo en una ocasión— había tenido relaciones con la señorita Jeanne Foster.

—Eso ya lo dijo ella —sonrió el agente de primera clase Andrew Holman.

—Pero lo que no le dijo es que era el hombre de confianza de su difunto padre y que quiso consolidar sus buenas relaciones con el difunto señor Foster comprometiéndose con su hija y gracias a la confianza existente falsificó cheques bancarios apoderándose de veinticinco mil dólares... Ese es Albert Stevens.

El agente Andrew Holman, cargándose de paciencia, se dirigió a la joven como si no hubiese escuchado para nada el comentario que acababa de hacerle Charles.

—¿Algo más que declarar?

—No, creo que no...

—¿No había visto antes a ese individuo que se presentó en su casa? —preguntó el agente.

—No.

—O sea que sus sospechas se basan únicamente en la amenaza que su ex novio le dirigió.

—¿Le parece poco? —volvió a argumentar Charles.

—Se lanzan muchas amenazas sin que, afortunadamente, se cumplan.

—Pero este es un caso concreto —declaró Charles con energía—. Ese individuo llamado... ¡Ah! Sí... llamado Patrick Rowlan se presentó en el domicilio de Jeanne y dijo ser amigo de Albert Stevens. Creo que el asunto bien merece la atención de ustedes.

—Nadie le ha dicho que no se la prestemos señor...

—Ford. Charles Ford —puntualizó el acompañante de Jeanne.

—Bien, señor Ford. No se preocupe. Llevaremos a cabo una investigación.

—¿Y no protegerán a la señorita? —preguntó Charles.

—¿Qué clase de protección desea?

—Que vigilen su casa... Que averigüen qué clase de voyeur se camufla en un apartamento deshabitado temporalmente y que sigan los pasos a ese ex presidiario.

—¿Nada más? —sonrió el policía.

—Escuche, agente...

—Señor, Ford... Conocemos nuestra obligación. No se preocupe. Daré curso a esta denuncia y no tema que la señorita tendrá la protección que precise.

—Charles... —musitó ella—. Ten en cuenta de que todo son suposiciones. Yo no tengo nada contra Patrick Rowlan. Me acordé de la amenaza de Albert de repente, pero esto no supone que...

El policía salió en defensa de la joven.

—Ha hecho bien en acudir a nosotros. Si la gente nos tuviera más confianza tal vez pudiésemos evitar algunos de los... tantos asesinatos que se cometen en la ciudad.

—Gracias —murmuró Jeanne levantándose.

—Vamos, querida —adujo Charles tomándola del brazo.

El agente, muy solícito, les acompañó hasta la puerta.

Luego, cuando ellos se hubieron ido y el coche ya doblaba la esquina, volvió a entrar. Echó una ojeada a sus apuntes y los tiró sobre la mesa con una muestra de fastidio.

—¿Algo importante? —le preguntó un compañero.

—¡Bah! —exclamó el agente de primera clase Andrew Holman.

## CAPÍTULO VII

**J**EANNE se había acostado, pero no dormía.

Con las luces apagadas de su alcoba y la ventana abierta podía ver perfectamente el edificio de la otra acera de la calle.

Su mirada no se apartaba del tercer piso. Estaba completamente a oscuras.

La cabeza de la joven era un hervidero de recuerdos, de ideas, de pensamientos.

¿Qué era lo que estaban tramando contra ella?

¿Pero..., es que se tramaba algo?

Se dijo que quizá todo eran figuraciones suyas pero...

¿Qué significaba aquel individuo de la terraza que utilizaba un apartamento vacío?

¿Era un perturbado o acaso tenía un especial interés en mirarla a ella concretamente?

Luego, volviendo la mirada hacia Pat Rowlan, también pensó que aquel hombre podía ser realmente inocente.

Con todo aquel cúmulo de cosas, en la cabeza, le era difícil poder conciliar el sueño y ello hacía que, a medida que transcurría el tiempo, su desvelo fuese mayor.

Dio una vuelta en la cama y se arrebujó con una sábana, pero sintió calor y optó por arrojarla a un lado.

En la calle se adivinaban las luces de los faroles cuya claridad se elevaba.

También se advertía la presencia de la luna que, en aquel sector de casas relativamente bajas, era incluso visible asomándose al exterior.

Lanzó un suspiro. Intentó tranquilizarse.

Sus pensamientos, inevitablemente, le llevaron de nuevo hacia el recuerdo de su ex novio.

En realidad ni casi novios habían sido. Fue Albert quien la acompañaba con frecuencia. El procuró intimar y para Jeanne significó el primer hombre que la miraba como mujer. Un hombre que se limitaba a invitarla a patinar a un club juvenil. Era — entonces ella tenía diecinueve años— el primero que ya no podía mirar como a un adolescente.

Se dejó llevar, le resultaba simpático, además gozaba de tener toda la estima de su padre y aquello sirvió para que Jeanne le tomara mayor confianza.

Sólo más tarde supo que esa confianza la necesitaba Albert para provecho propio.

Ella —Jeanne— se preocupaba de archivar la correspondencia de su padre, de pasar a máquina sus cartas particulares, de arreglarle un sin fin de papeles relacionados con sus negocios en la Unión Internacional, importante compañía de seguros hasta su fusión con la Incorporation.

Jeanne, en definitiva, era como la secretaria particular de su padre.

Controlaba los cheques y las cuentas corrientes de las operaciones y así un día llegó a descubrir la falsificación.

Sí. Fue ella.

Y fue ella también —entonces había cumplido ya los veinte años— la que investigó cuanto pudo. Su padre estaba enfermo del corazón y temía disgustarle.

Quiso estar segura de la estafa y por ello, en dos días, removió cielo y tierra.

Ahora revivía aquellos momentos.

Unos momentos que la llevaron hasta la más desagradable de las verdades.

Supo que había sido Albert. El hombre que pretendía casarse con ella y al que Jeanne había dado su conformidad si no por amor al menos por simpatía.

¡Albert Steven un falsificador!

Y toda la verdad salió al descubierto.

Entonces se supo que Albert había sido detenido anteriormente

por delitos análogos. Era un reincidente y por ello la condena había de ser mucho más larga.

El padre de Jeanne tuvo que saber la verdad y fue un golpe para él, porque había visto traicionada su confianza.

Un golpe que, posiblemente, contribuyó a acelerar el proceso de su dolencia, de la que fallecía apenas un año más tarde.

A partir de aquel momento Jeanne sintió una verdadera aversión hacia los hombres.

Ella también se sentía decepcionada por la confianza que había depositado siéndole posteriormente traicionada.

No miró a cada ser del sexo opuesto como un enemigo, pero se dijo que cuidaría mucho de volver a otorgar sus simpatías a los hombres y en cuanto a volverse a comprometer con alguno, sería después de estar completamente segura de que era acreedor de su estimación.

Eso era todo.

Y sus pensamientos se interrumpieron cuando sonó el teléfono.

El primer timbrazo, sin saber por qué la sobresaltó.

Salió de la cama y descalza fue a contestar.

—¿Quién es? —preguntó.

No obtuvo respuesta e insistió:

—Diga...

Entonces, del otro lado del hilo, le llegó una voz difusa; algo así como un murmullo, como si su invisible interlocutor hablara muy quedamente.

—Pero... ¿Qué dice? —inquirió ella.

Y el murmullo algo más tangible dijo:

—Aunque hayas ido con el cuento a la policía no te servirá de nada, porque yo seguiré allí, en la terraza, observándote, Jeanne.

—¿Qué?

—No sabes quién soy, ¿verdad? No importa. Yo estoy aquí. Es inútil que intentes buscarme. Estoy aquí y puedo verte cuando quiera.

—¿Quién es usted?

—El vecino del tercer piso —susurró la voz.

—Oiga...

—Adiós, Jeanne. Y no lo olvides. Nunca me encontrarán, pero yo seguiré aquí. Aquí...

Ella escuchó un klik. No obstante insistió:

—¡Oiga, oiga...!

Era inútil. Su extraño interlocutor había colgado el teléfono.

Colgó ella también y fue hacia la terraza.

Le protegía la oscuridad interior del piso y ello le permitía poder mirar hacia el edificio sin ser vista, pero... en la terraza del tercer piso tampoco había luz.

Sin embargo, Jeanne presintió que detrás de aquellos visillos había alguien...

## CAPÍTULO VIII

**E**RA mediodía y las calles estaban repletas de gente.

De las oficinas próximas, miles de empleados abarrotaban las cafeterías para tomar el almuerzo en la pausa de la mañana.

Mezclada entre la gente, Jeanne se dirigía al snack habitual situado una esquina más allá de su lugar de trabajo.

Al ir a entrar dio de lleno con una persona.

—Disc... —empezó, pero al alzar la mirada vio que se trataba de Patrick Rowlan.

—¿Usted...?

—El mundo es un pañuelo —sonrió él.

—Bueno, déjeme pasar.

—¿Va a comer?

—Sospecho que sabe ya que sí —repuso ella.

Él se limitó a sonreír.

—Deje ya de seguirme.

—Ahora no la seguía.

Ella hizo intención de cortar la conversación sin palabras y trató de seguir adelante.

Pat le preguntó:

—Puedo invitarla.

—No.

—Sólo para... Bueno, para charlar. Ya ve que no he vuelto a molestarla.

—Estuvo ayer en casa.

—Sí. Es verdad. No ha pasado ni un día; sin embargo a mí me parece mucho tiempo.

—Lo siento, no puedo entretenerme —repuso ella.

—Sólo pretendía invitarla.

—Es extraño. ¿No buscaba usted trabajo? Será mejor que haga economías con su dinero.

—Buscaba trabajo ayer, pero ya le digo que de ayer a hoy va un siglo. He tenido suerte. Esta mañana he empezado con un nuevo empleo. Lavo coches en el garaje de la esquina. No está mal para empezar. Vi un anuncio en el periódico y...

Ella le miró fijamente.

—¿No era usted contable?

—Sí, pero a falta de eso... —sonrió y añadió—. ¿De veras no quiere charlar conmigo? Yo creo que lo desea; y en verdad yo también. Sé que le doy miedo y esto me preocupa. Yo... nunca he dado miedo a las mujeres... Ande, vamos.

Fue la curiosidad lo que decidió a Jeanne a aceptar la invitación.

Sí. En realidad Pat había tenido razón al decir que la asustaba y ella, pensó que quedaría más tranquila si dejaba que el joven le hablara.

Poco después ambos ocuparon una de las pocas mesas vacantes del espacioso restaurante rápido.

—Supongo que querrá saber por qué me encerraron —empezó él después de sentarse para almorzar.

Jeanne guardó silencio.

—Le parecerá un tópico, pero no hice nada... Tal vez merecía esa lección de pasar por la cárcel, pero eso tiene sus inconvenientes... Hace una semana que he salido. ¿Sabe? Y para un ex presidiario es difícil encontrar trabajo... Pude haberla venido a visitar antes, pero lo dejé como último recurso, cuando todas las puertas se me habían cerrado.

Ella continuó sin despegar los labios. Tampoco sentía apetito para mordisquear el bocadillo de jamón que había elegido, ni tomar la ensalada.

Esperó a que su interlocutor continuara.

Pat prosiguió:

—Yo era contable y tenía muchas ambiciones, pero ya sabe... uno nunca está de acuerdo con lo que gana, así que... me asocié con unos amigos. Yo creí que lo eran... La policía andaba tras ellos.

Jeanne le miraba fijamente. Él sonrió.

—Bueno... Ahora todo parece una pesadilla, pero el caso es que... aquellos tipos querían utilizarme para pasar marihuana. Mi misión tenía que ser poco más o menos la de un public relations, visita de clientes, fijar lugares para entrega y cobro... Bueno, todos esos detalles... Cuando se trata con género de esta clase hay que estar variando siempre de lugares para que la policía no le eche el guante a la organización.

—¿Y usted no sabía de qué se trataba? —preguntó ella al fin.

—Aunque le parezca estúpido, no... Sería largo de contar. En fin, nos pescaron a todos y la organización quedó al descubierto, de lo cual me alegro aunque haya tenido que pagar con casi un año de vida.

—Si era inocente, ¿por qué le encerraron?

—No se pudo comprobar del todo. Además, no tenía un buen abogado que me defendiera. No obstante se revisó mi causa y ya estoy libre.

—Y durante su encierro conoció a Albert Stevens.

—Sí. Pero creí que prefería no hablar de él.

—¿Por qué le dijo que le habían encerrado?

—No me lo dijo.

—Ya.

—¿Me cree ahora?

Ella no supo exactamente qué contestar.

Por un lado, Pat seguía pareciéndole sincero, pero, por otro... ¿Y si sólo estaba tratando de ganar su confianza?

—Señorita, Jeanne... —añadió él tras un silencio—. Me gustaría que me conociese mejor y que confiara en mí... Desgraciadamente no puedo darle más que mi palabra, pero si le sirve de algo..., sepa que yo no pretendo hacerle ningún daño.

—Gracias por su invitación, señor Rowlan —repuso ella incorporándose.

—Pero si no ha probado nada.

—Es que... No tengo mucho apetito. Adiós.

Él se quedó mirándola, luego sacó un cigarrillo, y le prendió fuego, lanzando seguidamente una voluta de azulado humo al aire.

Cuando la muchacha hubo salido del restaurante, Pat la siguió lentamente.

## CAPÍTULO IX

ERAN las cinco de la tarde cuando el jefe de Jeanne se despedía.

—Pasaré fuera el fin de semana, como siempre —dijo en el momento en que sonaba el teléfono.

El hombre lo tomó.

—¿Sí? ¡Ah, bien! —se separó del auricular para decir—. Es para usted, Jeanne.

—¿Para mí?

—Voz de hombre —sonrió el jefe.

Era un hombre afable, inteligente y soltero a pesar de sus cuarenta años. Para muchas era un soltero de oro, pero para Jeanne no era más que su jefe.

—Adiós y no se mate trabajando. Ya hace usted bastante.

—Adiós, señor Porter —repuso ella y enseguida poniéndose al teléfono, preguntó—: ¿Diga?

—Otra vez soy yo —repuso la voz.

—¿Quién?

—Pat Rowlan.

—¿Qué quiere?

—La vi meterse ahí y... bueno, quería preguntarle una cosa.

—Le ruego que no me llame en horas de trabajo.

—Es para saber si podemos charlar en cuanto salga.

—No, no puedo.

—¿Algún compromiso?

—No, simplemente que no lo deseo.

—Eso cae bastante lejos de donde vive. Puedo acompañarla y por el camino charlaremos.

—No sé si no me he explicado bien, señor Rowlan, pero le he dicho que...

—Sí, sí... que no quiere tener tratos conmigo y no se lo reprocho, pero yo creo que hay algunas cosas que usted necesita saber.

—¿Qué cosas?

—Por ejemplo..., por qué me mandó Albert a verla y pedirle trabajo.

—Creí que habíamos quedado que Albert trató de burlarse de los dos.

—Tal vez, pero hay algo más. De veras... La esperaré.

Colgó.

Jeanne quedó pensativa. ¿Por qué aquella insistencia de Patrick Rowlan?

Pero por otra parte el afán de saber hasta donde quería llegar era más fuerte.

Y pensó que si él le esperaba a la salida no se opondría a que la acompañara, pero sin desviarse de su camino hacia casa.

Pat la esperaba,

—Daremos un paseo. Cuando se canse tomaremos un taxi —dijo él.

—¿Qué tenía que decirme?

—Albert me dijo que usted tenía influencia en la nueva compañía y que podía facilitarme un empleo porque su padre de usted poseía un buen número de acciones.

—Mi padre tenía acciones, sí, pero no un buen número de ellas. Era inspector...

—Ya.

—Y la prueba es que yo no trabajo en la compañía de mi padre. Así que Albert le engañó también en eso.

—Ya veo que era un mal bicho. Bueno, entonces he agotado el tema, pero no me eche. Usted ha tomado un mal concepto de mí y quiero que desaparezca.

—¿Por qué tanto interés?

—Después de casi un año en la cárcel uno tiene necesidad de... de conocer a personas, de hablar.

—¿No tenía usted amigos?

—Dejemos el pasado. Empieza una nueva vida. Todo tiene que

ser nuevo también.

—¿Y me ha elegido a mí?

—Fijamos que fue el azar quien me trajo hasta usted.

Ella guardó silencio.

—¿Está comprometida?

—¿Cómo?

—Si tiene usted... novio.

—No.

—El otro día... Bueno anteayer, cuando me dijo que no podía atenderme porque esperaba a alguien. Yo me quedé abajo. Salió usted con un tipo muy elegante.

—Todavía no me ha dicho por qué me espiaba.

—¡Oh!

—Quiere usted ser amigo mío y me oculta algo. ¿Por qué me espiaba?

Cruzaban ahora una calle relativamente tranquila.

Caminaban sin prisas.

Pat repuso.

—Simplemente porque no sabía adónde ir.

—¿Y cómo me siguió?

—Me prestaron un coche.

—Es usted un hombre raro. Dice que no tiene amigos, no tenía empleo, y, sin embargo, le prestaron un coche.

—Era el único amigo que me quedaba. Tenía un viejo “Ford” y me ofrecí a arreglárselo. Luego le pedí que me lo prestara para dar una vuelta.

—¿Por qué no le pidió trabajo a él?

—Ya se lo pedí, pero él no podía hacer nada para ayudarme en este sentido.

Jeanne pensaba para sus adentros.

“Creo que este hombre está mintiendo. Cada vez que abre la boca, es para decir una mentira. ¿Qué pretenderá?”

—Usted me mira con recelo, pero le prometo que yo le he dicho la verdad..., en cuanto a que quería ser amigo suyo. Bueno, a que no tenía nada en contra de usted.

—Comprenda que no me fie demasiado de los amigos de Albert Stevens.

—Sí, lo imagino, pero yo no he dicho que Albert Stevens fuera

necesariamente amigo mío.

—Pero tenían ustedes confianza.

—No. No teníamos confianza. Si no no me hubiera engañado con respecto a usted, me hubiese dicho la verdad.

—La verdad no puede decirla, a menos que se la confiese a un miserable como él.

Caminaron otro trecho en silencio. Al fin Pat detuvo un taxi murmurando.

—Sospecho que tiene usted ganas de librarse de mí... Tal vez más adelante sea menos desconfiada.

Abrió la puerta para que subiera. Él lo hizo a continuación y dio las señas.

—Calle St. George.

El chófer puso en marcha el coche.

Al cabo de unos instantes Jeanne miró hacia atrás con una vaga sensación.

Se fijó en el coche color crema que parecía andar detrás de ellos.

Cuando el taxi dobló hacia la derecha, el auto color crema tomó la misma ruta.

—Vaya por la calle Milton —pidió ella.

El chófer obedeció y al doblar hacia la calle pedida por la muchacha el coche color crema también hizo la misma maniobra.

Jeanne estaba solamente pendiente de aquel automóvil.

—¿Ocurre algo? —preguntó Pat mirando por el retrovisor exterior.

—Ese coche nos sigue —repuso la muchacha.

—Eso me pareció a mí antes.

—No le seguirán a usted, ¿verdad?

—Claro que no, pero por si acaso, pronto saldremos de dudas.

Habló al chófer para pedirle.

—Acelere un poco más.

—Oiga, no quiero líos con mi coche, ¿sabe? —replicó el chófer.

—¿Quién habla de líos? Le pido que acelere. Ya le diré cuando tiene que doblar la esquina. ¡Ah! Y se ganará una buena propina.

El chófer obedeció a regañadientes. No apretó demasiado, sin embargo, pero sí lo suficiente, para obligar al auto crema a que hiciera lo mismo.

Cruzaron un par de esquinas. En la tercera encontraron la luz

del semáforo en rojo.

Antes de llegar había un callejón y Pat, ordenó:

—Eche por aquí. En cuando esté dentro aminoré la marcha.

—Uy, uy, uy —murmuró el chófer.

Obedeció sin embargo, y apenas metido dos metros en el callejón, recibió la orden de Pat, para detenerse.

—Espere aquí —dijo.

Salió del coche tirando también de Jeanne.

—Venga conmigo.

—Pero...

—Venga. Es un método para salir de dudas.

Rápidamente se dirigieron hacia un portalón situado algo más atrás, de donde se había detenido el coche.

La puerta estaba abierta y sólo empujando cedió.

—¿Dónde vamos? —preguntó ella.

—No lo sé. De momento a escondernos.

Pasaron dentro. Era la salida posterior del personal de unos almacenes.

Pat cerró la puerta dejándola entornada.

Inmediatamente el coche color crema entró en el callejón y frenó bruscamente ante el obstáculo del taxi.

A pesar del frenazo no pudo evitar dar contra el parachoques, del taxi.

—¡Ya decía yo que esto iba a terminar mal! —gruñó el taxista.

A través de la abertura de la puerta, Pat y Jeanne podían observar al hombre del coche color crema.

—¿Le conoce? —preguntó el joven.

Ella negó con la cabeza.

—No. No le había visto nunca.

El chófer del auto seguidor bajó para ir a hablar con el conductor del taxi.

Era un hombre de unos cuarenta años, no demasiado alto y con un sombrero flexible, del mismo color que el automóvil.

—¿Y usted, le conoce? —preguntó Jeanne a Pat.

—No. Decididamente no le conozco.

—Pero nos seguía.

—Parece que sí —admitió él.

Tras las palabras del conductor del auto con el taxista, el

primero volvió hacia el coche, dio marcha atrás y desapareció por la calle Milton.

—Bueno —sonrió Pat—. Parece que nos han dejado libre el campo.

## CAPÍTULO X

—¿DICES que os seguían? —preguntó Charles cuando una hora más tarde se reunió con Jeanne en su domicilio.

—Estoy segura de ello. No conocía a aquel hombre, pero iba detrás de nosotros.

—Hiciste mal en ir con ese tipo. No debiste hacerlo. Ha sido una imprudencia.

—Lo sé... Pero tiene algo... no sabría cómo decirte. De veras, Charles, no parece peligroso, pero sé que me oculta algo.

—No vuelvas a ir con él. Niégate. Si te sigue, avisa a un guardia. No quiero que corras ningún riesgo.

—Bueno, aunque soy una mujer sé cuidarme.

—Uno nunca se sabe cuidar bastante...

Ella guardó silencio mientras Charles se servía un whisky.

—¿Qué vas a hacer durante este fin de semana?

Ella no contestó. Seguía pensativa.

—¡Eh! Te estoy hablando...

—Charles... hay algo que no te he dicho.

—¿Qué?

—Anoche tuve una llamada telefónica. Dijo que era el hombre que ocupa el apartamento de Maddox.

—El hombre que... ¿el fisgón?

—Sí.

—Eso sí que es un misterio... Está probado que en la casa de enfrente, en ese tercer piso concretamente, no vive nadie. —Hizo una pausa y preguntó—: ¿Has recibido alguna llamada de la policía?

—No.

—Pues habrá que volver a la carga... ¿Qué dijo ese hombre que te llamó?

—Sabía que había ido a la policía.

—¿Y qué más?

—Pero, Charles... Si sabía que había ido a la policía es porque me seguía.

—¿No sería el tipo que te andaba siguiendo esta tarde?

—No. Es decir, no sé... El hombre de ahí enfrente aparece siempre al otro lado de los cristales. No sé qué cara tiene.

—Es verdad. Entonces podía ser ese del coche.

—Tal vez, pero no le conozco.

—Algún amigo de Albert Stevens.

—No sé, pero sí me da miedo, porque es como enfrentarse contra... contra un ser invisible.

—¡Un momento! ¿Y ese Rowlan? Si fuera él... Tal vez todo sea una confabulación.

—Pero, ¿con qué objeto? ¿Qué pueden tener contra mí? Una venganza la considero estúpida. Si Albert hubiese mandado a alguien para matarme, hubiera podido hacerlo sin todo esto... Dispararme un tiro de revólver, cualquier cosa...

—No sé. Hay asesinos que disfrutan torturando antes a sus víctimas.

Jeanne, sonrió.

—Gracias, Charles... Tienes un bonito modo de animar a la gente.

—¡Oh, perdona! Todo saldrá bien... ¿Quieres venir conmigo este fin de semana?

—Gracias. Me he llevado trabajo de la oficina.

—Sabía que me dirías que no.

—¿Por eso me invitaste?

—Sabes que no.

Charles se aproximó.

Jeanne antes de que llegara a su lado fue hacia la terraza. Estaba todo oscuro ya.

—¿Por qué me rehúyes?

—No te rehúyo.

—Ven conmigo, entonces. A mi lado estarás segura.

—Gracias, Charles, pero de veras, no me apetece.

—Estás abúllica... Nunca te apetece nada.

—Déjame. Ya sé que te he molestado con mis tonterías, pero... todo se resolverá.

—Claro que sí, pero no sé... Has empezado a hacerme dudar. No quisiera que te ocurriera nada. De veras.

La miró a los ojos.

—Gracias, Charles.

—Si cambias de parecer, llámame. Hasta las nueve estaré en casa. Luego me iré con el coche. Estaré con unos amigos en la bahía de Santo Tomás. Tienen una villa. Dijeron que podía llevar a quien quisiera. Tenemos que hablar de negocios. Hay un buen seguro en perspectiva, y una buena comisión. Ya sabes, yo vivo de esto.

—Entonces, suerte.

Charles se acercó un poco más. Esperaba poderle dar un beso, pero ella todo lo que le ofreció fue una sonrisa.

El hombre se encogió de hombros y murmuró:

—Me sé el camino. No es necesario que me acompañes.

—Poco después ella, sin moverse de la terraza, le vio salir a la calle, subir al coche y desaparecer por la esquina.

Instintivamente, como tantas otras veces, volvió su mirada a la casa de enfrente.

No había la menor señal de vida tras las cortinas blancas.

Se metió dentro. Hacía calor todavía y decidió tomarse una ducha.

Al quedarse sola le invadió de nuevo aquella imprecisa sensación de ser observada a distancia... De que “alguien” controlaba su vida.

No era miedosa, pero enfrentarse con algo casi intangible le ponía la carne de gallina.

Salió de la ducha y se dirigió a la cocina para prepararse un vaso de leche y comer algo de lo que guardaba en la nevera.

Mientras tomaba la breve cena leía un libro.

Al terminar conectó la televisión y se dispuso a sentarse.

La calle estaba silenciosa. El reloj señalaba las nueve de la noche y seguía sin aparecer la brisa que hiciera más soportable la temperatura veraniega.

Agitó la tenue bata para darse aire y al fin decidió volver a la

terraza.

Entonces vio el coche que se detenía en la esquina y un hombre apearse de él.

¡Era el mismo que le había seguido aquella tarde cuando iba en compañía de Pat!

Sintió un escalofrío.

El hombre avanzó hacia la casa cruzando por la desierta calle.

Tras él otro hombre siguió sus mismos pasos.

Nerviosa Jeanne se metió dentro.

Tomó el teléfono indecisa y lo soltó. ¿A quién tenía que llamar?

¿A la policía?

¿Para qué?

Quizá todo se trataba de una coincidencia.

Asomó de nuevo a la calle y vio que los dos hombres se metían en el portal de su casa.

Jeanne volvió a entrar.

Los hombres comenzaron a subir la escalera. Ella pudo escuchar las pisadas antes de que llegaran al primer piso.

Jeanne vivía en el segundo.

## CAPÍTULO XI

CADA vez las pisadas sonaban más próximas.

De los quince escalones que tenía cada tramo de escalera, Jeanne calculó que aquellos hombres estaban en el tercero empezando por abajo.

Les faltaban doce peldaños para llegar al rellano.

Once, tal vez. Diez...

Estaba pegada a la puerta escuchando como se aproximaban aquellos pasos.

Nueve escalones, ocho.

—Tap-tap-tap.

Cada pisada acercaba más a los hombres.

Subían sin prisas, pero con firmeza.

Quiso desechar sus temores, mostrarse valiente.

Recordó de pronto que guardaba algo que podía serle muy útil.

Corrió hacia un pequeño mueble situado en un ángulo del salón.

Abrió un cajón. El primero.

Allí estaba. Era un revólver del calibre 22. Un arma pequeña, pero muy eficaz.

Con mano temblorosa lo tomó y corrió de nuevo hacia la puerta.

En su atribulamiento tropezó con algo y el revólver le cayó.

El tambor se separó de la montura y al cogerlo, Jeanne se dio cuenta de que estaba descargado.

¿De qué le serviría un revólver descargado?

Y los pasos estaban ya mucho más cerca.

—Tap-tap-tap.

Faltaban dos escalones, uno...

¡Ninguno!

Ahora sonaban por el corto corredor al fondo del cual, no más de cuatro metros estaba la puerta de su apartamento.

—Tap-tap-tap.

Ella seguía con el revólver en la mano y sentía los latidos del corazón cada vez con más fuerzas como si pronto algo fuera a estallar dentro suyo.

Y los pasos...

Se acercaban, se acercaban...

Le pareció que sólo un par de zapatos eran los que avanzaban por el suelo de parquet.

Contuvo la respiración.

Ahora el hombre se había detenido al otro lado de la puerta.

¡Estaba allí!

“No abriré”, pensó.

Transcurrió un segundo.

“¿Por qué no llama?”, se dijo Jeanne.

Y tuvo un terrible sobresalto cuando sonó el timbrazo.

Se pegó a la puerta y trató de ver de cerca a su visitante a través de la mirilla.

Como no contestó nadie, volvió a pulsar el timbre seguido de unos golpes suaves en la puerta.

—A lo mejor no está —dijo una voz más al fondo.

El hombre que estaba al lado de la puerta, repuso:

—Sí que está. Había luz en la casa.

Insistieron los golpes.

Ella aseguró la puerta con el pasador y preguntó:

—¿Quién es?

—¿Señorita Jeanne Foster?

—Sí. Pero es muy tarde.

—Discúlpeme, señorita. No he podido venir antes. Soy el agente Andrew Holman. ¿Me recuerda?

Jeanne no pudo por menos que soltar todo el aire que tenía acumulado en sus pulmones.

El suyo era un suspiro de auténtico alivio.

\* \* \*

El agente había pasado al interior de la casa y la examinaba como un experto en reconocimientos.

—Entonces el hombre que le acompaña... —empezó ella.

—Es el agente Thompson, que por cierto esta tarde le dio usted un buen esquinazo —sonrió el policía.

—Yo no sabía... Vi que me seguían y... bueno, la idea fue de Patrick Rowlan.

—¿Patrick Rowlan? —inquirió el policía poniéndose serio.

—Sí.

—¿Cuándo le vio?

—A la hora del almuerzo. Y luego a la salida.

—¡Vaya! Ha tenido más suerte que nosotros... El agente Thompson ignoraba quien era el tipo que la acompañaba... Humm... Si lo hubiese sabido...

—¿Qué pasa, señor Holman? —inquirió Jeanne.

—Pasa que hemos llevado a cabo la investigación con respecto a este Patrick Rowlan.

—Me contó que había sido condenado por mezclarse en un asunto de drogas.

—¿Eso le dijo?

—Sí. ¿No es verdad?

—El caso es que no lo sé.

—¿No lo sabe?

—No, señorita, porque resulta que en los archivos de la penitenciaría donde cumple condena su ex novio no figura ningún Patrick Rowlan que haya estado preso últimamente.

—¿Qué?

—Que ese hombre le mintió. No estuvo de compañero con Albert Stevens. ¿Comprende?

## CAPÍTULO XII

—NO lo comprendo. De veras que no lo comprendo —murmuró Jeanne después de un prolongado silencio.

El policía asomó a la terraza y miró el edificio de en frente.

Señaló el tercer piso y preguntó:

—¿Es desde allí de donde la observan?

—¿Eh? ¡Oh, sí! Y anoche recibí una llamada telefónica de ese hombre.

—¿Cómo sabe que era él?

—Porque me lo dijo.

—Debió de tratarse de una broma.

—¿Una broma?

—Mire, señorita... Este otro asunto del fisgón también resulta bastante raro. Hemos llevado a cabo otra investigación. El piso está vacío.

—¿Usted también va a contarme que pertenece a un tal Maddox que está actualmente en Brasil y que piensa regresar por las Navidades?

—Es la verdad —repuso el agente encogiéndose de hombros.

—Pero, ¿qué pretenden? No existe el fisgón, y, sin embargo, me llama. Un hombre que dice haber conocido a mi ex novio en la cárcel, resulta ser un desconocido... ¿Es que me toman por loca?

—Bueno, bueno, tómesele con calma, señorita Foster. Yo le he dado la información escueta de como están las cosas.

—Pues las cosas no están como usted dice... Preferiría una amenaza clara que todos esos velos... ¿Por qué no ponen a alguien en ese apartamento y tratan de sorprender al hombre que se oculta

allí?

—Porque no tengo una orden de registro. Ese apartamento es de propiedad privada y no podemos entrar por las buenas.

—Pues el que mira con los prismáticos sí entra.

El agente lanzó un suspiro.

—Anoche un hombre estuvo vigilando y también esta tarde. Un servicio completo para nada. No hay nadie.

—¡Un momento! ¿Trata de insinuar que son figuraciones mías?

—Tal vez... Tal vez se haya confundido de apartamento.

—Entonces. ¿No me creen?

El agente chasqueó la lengua.

—No es eso, pero... Comprenda, señorita, Los Ángeles es una ciudad inmensa. No hay un policía para cada persona que cree tener problemas. Tenemos que acudir a los asuntos verdaderamente graves... Si alguien la amenaza formalmente o bien usted tiene pruebas tangibles con respecto a un peligro inminente, prometo ayudarla.

—Está bien, agente. Gracias por su interés.

Ahora Jeanne se mostraba más bien desdeñosa, fría.

El agente Holman se acercó un poco más y la estuvo observando durante unos instantes.

—¿Dónde vive ese hombre? Le haré unas preguntas. Me refiero al que dice llamarse Patrick Rowlan.

—Yo que sé, dónde vive.

—¿No le ha dado ningunas señas?

—Me dijo que había encontrado trabajo de lava-coches en un garaje de la esquina.

—¿De qué esquina?

Tras una pausa como si dudara de la eficacia del policía, Jeanne, explicó dónde había tenido lugar el encuentro y concluyó.

—Él dijo en la esquina.

El agente asintió.

—Sí. Creo que hay un garaje allí. Mañana iré a echar un vistazo. Y tranquilícese.

Nuevo silencio.

El policía estaba ya en el recibidor y se volvió tras haber subido los dos peldaños.

—¡Ah, oiga! Y cuando se vista o se desnude, cierre bien las

puertas, ¿eh?

—¿Para qué? —sonrió ella despectiva—. ¿No dice que no hay nadie?

—Bueno, por si acaso... Así no dará malas tentaciones a nadie.

—Escuche, agente Holman... ¿Piensa que tengo las ventanas abiertas para exhibirme? ¿Insinúa que...?

—¡Calma, calma...! Está visto que hoy no es mi noche. Yo no trato de insinuar nada. De veras.

—Buenas noches, agente, y perdone por el tiempo que le he robado.

—Mi tiempo es de los contribuyentes. Y según mis informes usted también forma parte de ellos... A propósito, ¿cómo va su salud?

—¿Mi qué...? —inquirió ella extrañada.

—¿No estaba algo delicada?

—¡Yo no he estado nunca delicada!

—Bueno, es que para aclarar un poco todo esto he tenido que buscar en los archivos todo el caso y... En algún lugar se dice que usted sufría una fuerte depresión nerviosa y tuvo que permanecer internada durante algún tiempo.

Jeanne se dejó caer.

—Sí... Es duro descubrir que la persona a quien se ha puesto toda la confianza, de pronto...

—Comprendo, por eso le preguntaba si...

—Pero de esto hace casi tres años. Y nunca más me ha vuelto a ocurrir nada.

—Lo celebro.

—Espere... ¿Por qué me lo ha preguntado?

—Por nada.

—Oiga, señor Holman... No es exacto que estuviera internada... Estuve en el hospital unos días y luego papá me mandó al campo, nada más. Yo misma quise regresar para remprender la vida normal. Trabajando es el único modo de olvidar las cosas desagradables.

—Opino lo mismo. Buenas noches, señorita. ¡Ah! Esta noche dejaré a mi compañero aquí. Es un servicio extraordinario pero no quiero que piense que no nos tomamos interés.

Y el agente salió definitivamente.

Poco después el hombre que aquella tarde la había seguido y que resultó ser también policía se quedaba en la esquina, de modo que pudiera observar la casa 327.

Jeanne cerró la puerta de la terraza y se sentó en una butaca.

—¿Por qué habrá mencionado mi crisis nerviosa? —se preguntó expresando sus pensamientos en voz alta.

Sonó el teléfono.

Esperó a tomarlo hasta el tercer timbrazo. Tenía un presentimiento.

—¿Diga?

—Hola, muñeca... ¿Me echas de menos? Bueno... mientras haya policía mosconeando es peligroso que me asome, pero no temas, volveré... Sí, preciosa, volveré con mis prismáticos.

Jeanne no contestó. ¿Para qué?

Si le preguntaba quién era, tampoco se lo iba a decir, y además, según la policía, no existía ningún fisgón en el edificio de enfrente.

## CAPÍTULO XIII

EL fin de semana había dejado medio vacía la ciudad. El verano, las vacaciones y el calor llevaron a todo aquel que podía permitírselo a las playas vecinas, o al campo, a cualquier lugar fresco.

Aquella mañana del sábado, Jeanne salió y casualmente se encontró con una antigua amiga.

Era Molly Mills y había sido empleada de la Union International, cuando todavía su padre vivía.

Molly durante los últimos tiempos ayudó al padre de Jeanne en la oficina llevándole varios asuntos de la compañía y revisando su archivo, para lo cual ambas en más de una ocasión habían trabajado juntas en San Mateo.

Almorzaron juntas.

—¿No sales con ningún chico? —preguntó Jeanne.

—Sí. Pero tiene bastante trabajo.

—¿Los fines de semana también?

—Lo hace para ahorrar.

—¿Va en serio?

—No lo sé. No hace mucho que le conozco. Digamos que los dos vamos en plan de... tanteo.

—Te deseo que todo vaya bien.

—¿Y tú Jeanne?

Ella se encogió de hombros.

—¿Nada de nada?

—Por ahora no, Molly.

—¿Por qué?

—Tal vez no me ha salido el hombre de mi vida.

—Bueno, en tu caso lo comprendo. Pero “aquello”, ya pasó.

—Sí, Molly. Pasó, pero siempre surgen cosas que te lo hacen recordar.

—No pienses más en eso. Tienes una vida por delante. Olvídate del pasado.

—Hablemos de otra cosa. Deberíamos vernos más a menudo. ¿Llevas tiempo en Los Ángeles?

—Un año. Cuando la compañía se fusionó no encontraron sitio para mí... Bueno, digamos que había algunas que eran más preferidas. De todos modos yo ya proyectaba buscarme otro empleo... Fui modelo...

—No me digas.

—Modelo sería... No te vayas a figurar. Modelo, vendí electrodomésticos a domicilio hasta que me cansé y vine a Los Ángeles a probar fortuna en el cine. Me llevé un montón de retratos y me dieron un montón de esperanzas, pero ha pasado un año y ya ves... nada.

—¿Y de qué trabajas?

—Lo que se dice un empleo fijo no lo he tenido por mucho tiempo. Voy donde piden personal de temporada. He despachado en bares y he trabajado en fábricas. Durante una temporada me alquilé de taquimecanógrafa de las que no importa que sepan escribir a máquina, ni sepa un ápice de taquigrafía.

Jeanne sonrió.

—¿Y ahora...?

—Llevo tres días de vacaciones forzosas... Si puedes echarme una mano. ¿Dónde estás tú?

—En una financiera... Hablaré con mi jefe. Algo tendrá.

—¿Por qué no te encontré antes? —sonrió Molly.

—Lástima que no supiera que estabas aquí...

—¿Dónde vives?

—Ven. Te enseñaré mi apartamento.

Y así, tras el almuerzo, Jeanne invitó a Molly a su casa y allí pasaron hasta media tarde.

—Te felicito. Esto es como vivir en un palacio. Es ancho, elegante... Te envidio.

—Si quieres compartir mi casa. Nos turnaremos por días. Una

dormirá en la cama y otra en el sofá.

—¡Oh, no! Esto es demasiado. Todavía puedo pagar el alquiler, y si tú me consigues ese trabajo, mejor que mejor.

—Mi ofrecimiento sigue en pie. Aquí no tendrás que pagar nada.

—Así menos. Si pagáramos a medias, todavía lo pensaría... Pero que a una le paguen el alquiler...

—No seas tonta, yo tengo que pagarlo igualmente. Así me haces compañía... Bueno. No lo digo por la compañía. En mi caso sería pecar de egoísta.

—¿Por qué?

—Es que vienen sucediendo una serie de cosas que...

Ante la indecisión de Jeanne, su amiga insistió.

—Bueno, suéltalo. ¿Qué te detiene?

—No sé... Es que cada vez que lo pienso lo encuentro todo más absurdo.

—Veamos si yo también opino lo mismo.

Jeanne contó a su amiga los últimos acontecimientos.

El tranquilo atardecer sabatino estaba impregnado del aire caliente que ponía una nota bochornosa en el ambiente.

En la casa vecina, en el tercer piso concretamente, todo estaba en calma.

Eran las cuatro y media de la tarde y Carol, la telefonista entró en aquellos momentos, para remplazar a la que hizo el turno diurno.

Por la calle apenas transitaba gente.

Un coche estaba detenido en la esquina, pero su conductor permanecía oculto, tras un periódico que parecía leer con mucho interés.

Nada más de particular.

En su apartamento Jeanne concluyó de contar a Molly los acontecimientos de aquellos días.

—¡Vaya! ¿Y dices que todo esto es absurdo? Un hombre que te espía, un compañero de tu ex novio... Lo que no comprendo es la actitud de la policía... ¿Sabes? Creo que el lunes iré a buscar mis cosas y estoy dispuesta a vivir una temporada contigo. A lo mejor te cansas y me echas.

Jeanne sonrió.

—Gracias. Ahora sé que lo haces por mí.

—No es que sea muy valiente, pero me gustará ver de cerca todas esas cosas y prestarte mi ayuda si puedo.

Molly se despidió de su amiga repitiendo.

—Hasta el lunes.

Jeanne estaba contenta. Sólo tendría que pasar un par de noches más para estar acompañada. Además, apreciaba a Molly.

Sin embargo, su optimismo hubiese cambiado por completo si en aquellos instantes hubiera podido ver lo que hacía su amiga.

## CAPÍTULO XIV

MOLLY había cruzado la calle pasando por delante del auto cuyo conductor permanecía al volante leyendo el periódico.

Tan pronto la muchacha hubo pasado, el hombre puso en marcha el coche para detenerse unos metros más allá.

Abrió la portezuela y Molly pasó al interior ocupando el asiento de su lado.

—¡Hola! —saludó él con cierta frialdad.

¡Era Pat Rowlan!

—Hola —repitió ella como un eco.

Pat puso en marcha nuevamente el automóvil y se alejó de aquella zona.

Poco después la pareja se hallaba sentada en un reservado de un café.

—¿Qué has podido averiguar?

—Supongo que lo mismo que sabes tú. Está algo asustada.

—Esto ya lo sé. Pero, ¿qué más?

—Me buscará un empleo. Esto me permitirá estar cerca de ella.

A partir del lunes me instalaré en su casa.

—¿Has tenido que insistir mucho?

—Pues la verdad es que fue ella misma quien me lo propuso. Podía haber ido hoy mismo, pero pensé que si esta noche o mañana tengo que salir, tendría que dar demasiadas explicaciones.

—Sí. El lunes está bien. Sólo que esta noche tendremos un poco de trabajo.

—¿Hoy?

—Sí. He cambiado los planes. Me interesa terminar esto cuanto

antes.

Salieron del bar para volver al coche.

Antes de ponerlo en marcha, Pat abrió la guantera y extrajo un revólver.

—¿Crees que será necesario? —preguntó Molly.

—Nunca está de más.

Inmediatamente arrancó.

\* \* \*

Eran las nueve y la calle St. George frente al número 327 estaba completamente desierta.

Jeanne se encontraba trabajando en irnos informes de la oficina que cotejaba con otros apuntes.

Dejó el trabajo para dirigirse a la nevera a buscar un refresco.

El calor no había remitido y de la calle no entraba ni una brizna de aire.

Al pasar por delante de la terraza tuvo la imprecisa intuición de haber visto algo.

Se detuvo sin salir.

Lo vio perfectamente. Sí. Allí detrás de la cortina de la terraza del tercer piso se movía algo.

Y la cortina se apartó.

Una luz muy tenue difuminó la silueta de la persona que detrás de los cristales estaba observando con unos prismáticos.

—¡Otra vez! —exclamó en un susurró Jeanne.

El hombre permaneció inmóvil unos momentos.

Jeanne se retiró sintiendo de nuevo aquel escalofrío que recorría su espina dorsal.

De pronto su actitud cambió.

Trató de darse ánimos a sí misma. Nunca se había tenido por una mujer carente de espíritu y ahora iba a demostrarlo.

Cambió su liviana bata por un sencillo vestido. Se abrochó la cremallera y descalzóse de las zapatillas para colocarse unos zapatos planos con suela de goma.

Decidida salió del apartamento, bajó rápidamente la escalera y ya en la calle cruzó.

Avanzó hacia la puerta número 327.

El comercio de ropa interior estaba cerrado, pero podía verse el escaparate iluminado.

La entrada de vecinos estaba desierta, Jeanne, cruzó el vestíbulo y avanzó hacia la escalera.

La telefonista ya no estaba y por lo tanto nadie la vio entrar.

Sabía que tenía que subir hasta el tercer piso y recorrió el primer tramo de escalera avanzando los escalones de dos en dos.

Jadeaba y aminoró la marcha al ascender el segundo tramo.

Al fin empezó el tercero.

Ahora subía ya más despacio. No era por cansancio sino por precaución y también por algo que sentía en su interior.

Tenía el corazón en un puño, pero deseaba salir de dudas de una vez. Conocer a la persona que la espiaba, que la había telefoneado ya dos veces.

Continuó subiendo con lentitud y la mirada fija hacia el rellano que se iba aproximando.

Tenía los oídos atentos al menor ruido.

A medida que llegaba a su destino se pegaba más y más a la pared como si ello la hiciera sentirse mejor protegida.

Faltaban cuatro escalones, tres; dos...

Cuando faltaba sólo uno asomó la cabeza. Y delante de ella, a menos de tres metros estaba la puerta del apartamento 3 A.

Subió el último peldaño y miró hacia aquella puerta como hipnotizada.

Lentamente avanzó.

Una de las baldosas de parquet crujió levemente.

Jeanne se detuvo con un sobresalto.

Todo estaba en silencio. Por el resquicio de aquella puerta tampoco surgía ninguna luz.

Dio los últimos pasos hasta situarse junto a la mampara de madera que la separaba de aquel misterio.

Siguiendo con su firme decisión golpeó la puerta con los nudillos y rápidamente se colocó a la pared, pegada a ella.

Nadie contestó a su llamada. No obstante la puerta crujió levemente como si una corriente de aire la empujara hacia dentro, Jeanne contuvo la respiración.

¡La puerta estaba abierta!

¿Lo estaba antes o la habían abierto entonces?

En aquellos momentos no pensó en el posible peligro que correría. Se había metido en la cabeza la idea de poner las cosas en

claro, y ya nada podía hacerla vacilar.

Claro que tenía miedo, pero en ese mismo miedo radicaba su valor, porque dominándolo se dispuso a empujar la puerta.

Ya lo había hecho y ahora estaba en el umbral.

Ante ella todo era oscuridad.

Trató de habituar sus ojos y comenzó a avanzar por el corredor.

Estaba ya dentro de aquella casa que parecía rodeada de un gran misterio ¡Estaba en la boca del lobo!

De pronto, sonó un ruido a su espalda.

Todo quedó oscuro.

¡La puerta se había cerrado!

Jeanne se volvió de repente ahogando una exclamación de terror. Sus ojos, muy abiertos, brillaban en la oscuridad.

## CAPÍTULO XV

UN pánico indescriptible se apoderó de Jeanne.

Sintió como si sus músculos se le agarrotaran y algo le imposibilitase de gritar, de correr o de moverse simplemente.

El terror le había producido un nudo en la garganta, y los escalofríos se sucedían continuamente.

Tenía la sensación de que la sangre se le estaba helando por momentos.

Nunca, nunca como entonces le había embargado aquel sentimiento de horror indescriptible.

Sabía que “alguien” se movía en la oscuridad. “Alguien”, que estaba muy cerca de ella.

Trató de que sus ojos pudieran distinguir la sombra pero sólo percibía el leve rozar de pies sobre la mullida alfombra.

—¿Quié... quién es? —logró articular al fin con marcado tartamudeo.

No recibió respuesta alguna y el sonido cesó.

¿Dónde estaba el “ser” que la mantenía vigilada?

—¿Quién es? ¿Quién es? —exclamó recuperando la normalidad de su voz.

Silencio

Sobreponiéndose en parte tanteó la pared en busca de un conmutador de la luz.

Sus manos dieron con una llave que accionó rápidamente, pero ninguna lámpara se encendió.

De nuevo el terror crispó sus dedos. Volvió a sentir aquella sensación que precede al desmayo.

Pero no podía... ¡No! No podía echar por los suelos el valor que había demostrado yendo sola y de noche hacia la casa.

Se volvió.

Por un instante le pareció ver una forma que se movía delante de ella.

Era algo impreciso. Una silueta casi borrosa y deforme.

No podía más. La tensión que estaba viviendo en aquellos segundos inenarrables, era demasiado densa.

Necesitaba salir de allí... Encontrar un lugar iluminado y poder ver... ver el peligro.

Trató de escapar pero sintió que unas manos como garras se clavaban en sus brazos.

—¡Demasiado tarde! —susurró una voz.

Ella se debatió entre los brazos poderosos de su invisible enemigo.

Quien quiera que fuese no estaba dispuesto a soltarla.

Soltó el pie hacia adelante dando un patadón a una de las piernas de su enemigo.

El que la tenía sujeta la soltó unos instantes que ella aprovechó para lanzarse hacia la puerta.

Entonces sintió como si un objeto se abalanzase contra ella.

Se apartó intuitivamente y eso evitó que el golpe dado con algún pesado objeto la alcanzara plenamente.

Sintió un dolor terrible en el hombro.

Tuvo la sensación de que su agresor la golpearía de nuevo y se apresuró a abrir la puerta, pero una fuerte patada la cerró de golpe.

Se escabulló Jeanne evitando un segundo golpe de su agresor.

Corrió por el corto pasillo tropezando con muebles, con enseres, hasta llegar a una sala más grande.

Parecía estar viviendo una pesadilla huyendo sin saber de qué, pero con un peligro mortal que la acosaba.

Sí. Era como una terrible pesadilla de la que deseaba despertar.

Quien quiera que deseara golpearla, jadeaba como un animal herido.

Jeanne lanzó un grito y cayó.

Había tropezado contra un puf o algo parecido. Perdió el equilibrio.

Se levantó rápidamente sin poder evitar que el objeto que su

enemigo blandía la volviera a alcanzar de refilón.

Sentía desfallecer sus fuerzas, pero procuró acumularlas para correr nuevamente por el corredor con una ligera ventaja.

Al llegar a la puerta abrió rápidamente.

La luz que procedía del rellano penetró dos metros en el corredor y la sombra se echó hacia atrás para no quedar al descubierto.

—¡Socorro! ¡Auxilio! ¡Hay un loco! —gritó Jeanne al descender la escalera corriendo desesperadamente.

Al llegar al segundo tramo su misma precipitación la hizo tropezar y cayó hacia adelante.

Fue una de esas caídas en las que nada se puede hacer para detenerse.

Rodó toda la escalera hasta abajo.

Allí quedó inmóvil. Inconsciente por completo y ajena a cuánto a partir de aquel momento sucedía a su alrededor.

Algunos vecinos comenzaron a salir mirando hacia abajo.

## CAPÍTULO XVI

**A**BRIÓ los ojos con una extraña sensación de pesadez.

La habitación le pareció turbia, borrosa como si la estuviera viendo en sueños.

Recorrió la mirada por toda la estancia.

Sí. Era su dormitorio. Lo recordaba muy vagamente, pero no tenía una idea clara de lo que había ocurrido.

Su mirada se detuvo al fin en el único ocupante del cuarto, además de ella.

Era Pat Rowlan.

Ni siquiera tenía fuerzas para sobresaltarse.

El la miraba gravemente.

Jeanne comenzó a rememorar lo sucedido.

No acababa de recordarlo por completo... Pero se veía a sí misma en una habitación sin luz y algo que caía sobre ella, para golpearla.

Lentamente llegó a recordarlo todo.

El hombre de los prismáticos, su ida a la casa, la puerta con el número 3 A, la habitación oscura. La persecución, y por fin la huida.

Allí terminaban sus recuerdos porque allí tropezó y perdió el sentido.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó Pat cortando sus pensamientos.

—Mal. Creo que todo me duele.

—Recibió unos cuantos golpes.

Jeanne intentó moverse, pero le resultó imposible.

—Quieta, quieta... Ahora tendrá que descansar algunos días.

La joven comprendió entonces que tenía vendadas algunas partes del cuerpo. ¡Los pies!

Y el peso que sentía en la cabeza, era a causa de unos vendajes. Aparte de ello sentía punzadas en otras partes.

—¿Quién me trajo aquí?

—Yo.

—¿Estaba en...?

—Venía hacia su casa. Vi gente cerca del 327 y fui a curiosear. Estaba usted tendida en el suelo, al pie de la escalera. Dije que era amigo suyo y me la llevé. Tenía usted la llave a su lado. Se le debió caer del bolsillo de su vestido cuando tropezó.

—¿Cómo sabe que tropecé?

—Porque si no tropezó usted, significaría que se había caído expresamente y no la creo tan estúpida.

—¿Y esos vendajes?

—Tiene los pies dislocados y una herida en la cabeza que según el médico parece que no reviste una gran importancia, por eso está usted en casa. De lo contrario la hubieran llevado a un hospital.

—¿No hay nadie más?

—No, Jeanne. Estamos usted y yo solos. Pensé, que le gustaría encontrar a alguien cuando despertara. Le haré compañía.

Jeanne no sabía si tenía que agradecérselo o por el contrario pedirle que se marchara.

Fue Pat quien decidió por ella.

—Son las dos de la madrugada. Duérmase, tranquila. Ha estado casi cinco horas inconsciente. Si hubiese querido hacerle algún daño se lo habría hecho ya. ¿No cree?

—¿Quién es usted, Pat?

—¿Qué?

—Me mintió. Usted no estuvo nunca en la cárcel con Albert Stevens.

—¿Quién le ha dicho eso? —preguntó el hombre.

—La policía. Estuvieron ayer aquí. El hombre que nos siguió por la tarde era un agente.

Pat guardó silencio.

—¿No quiere decirme quién es?

—Procure descansar ahora... El médico dejó unas tabletas. Dijo

que en cuanto se despertara se tomara dos.

La joven vio avanzar la poderosa mano de Pat hacia la mesita de noche y tomar el frasco de píldoras.

—¿Qué es esto? —preguntó con una sospecha.

—Las píldoras.

—No. No quiero.

—No tema. El médico las extendió con la correspondiente receta. Está aquí con el sello de la farmacia. ¿Quiere verlo?

Tomó la receta con las dos manos y la puso lo suficientemente cerca de Jeanne para que pudiera leerla.

—Aquí dice que se tome dos al despertar y repita la dosis si siente dolor. Voy a por un poco de agua.

Se levantó de la silla en que estaba sentado y desapareció en dirección a la cocina.

Regresó al cabo de unos instantes con un vaso lleno de agua.

Con cuidado pasó la mano por detrás de la nuca de la joven para incorporarla a fin de que pudiera tragarse las píldoras y acompañarlas con el agua.

—Ande, sea buena chica.

Le puso los comprimidos en la boca y seguidamente le acercó el vaso para que bebiera.

—Gracias —susurró ella.

—Ahora quietecita y a dormir.

—Pat... ¿Me dirá quién es usted?

—Sí. Y le diré además que a partir de este momento no se fíe de nadie, ni de sus amigos. Hágame caso.

—Pat... Yo...

Empezaba a entrarle sueño.

—No hable...

—Quiero decirle por qué estaba en aquella casa.

—Mañana. Me lo dirá mañana.

Y ella prácticamente ya no tenía fuerzas para hablar.

Aquel poderoso calmante y somnífero la había vencido y no tardó en quedar otra vez profundamente dormida.

Pat se levantó y después de cerciorarse de que ella ya no podía darse cuenta de nada comenzó a registrar la habitación.

Abrió y cerró los cajones buscando con una gran habilidad.

Miró también, en el armario, pero donde más fijó su atención

fue en el secreter, allí donde Jeanne había estado escribiendo con la máquina portátil.

Abrió los distintos cajones y registró concienzudamente todos los departamentos.

Fue hacia el otro mueble y al abrir el primer cajón encontró el revólver del calibre 22.

Lo examinó comprobando que estaba descargado, limpió las huellas con un pañuelo y volvió a dejarlo como estaba.

A fin dio por terminada la búsqueda que al parecer había resultado infructuosa.

Del secreter tomó un papel y con un bolígrafo que llevaba en la chaqueta comenzó a escribir unas líneas.

Dejó el papel ya escrito sobre la mesita de noche y después de comprobar que toda la casa estaba en orden salió, cerró y dejó la llave debajo de la alfombra de entrada.

## CAPÍTULO XVII

CUANDO JEANNE despertó supo que alguien estaba trajinando por la casa.

Tuvo un sobresalto y gritó:

—¿Quién está ahí?

Unos pasos avanzaron hacia el dormitorio.

Jeanne sintió un súbito temor.

—¿Quién era?

Pensó en Pat, pero enseguida comprendió que se había equivocado.

Se alegró de ver asomar por la puerta a su amiga Molly.

—¡Oh, eres tú!

—¿Cómo te encuentras?

—Algo mejor que cuando desperté esta madrugada... ¿Qué hora es?

—Son casi las once.

—¡Las once!

—Sí. Llevo casi tres horas aquí.

—¿Cómo sabías...?

—No te esfuerces. Te lo contaré todo.

Y Molly, con una sonrisa en los labios, se sentó a su lado.

—No sabía absolutamente nada, pero como anoche estuve llamando y no contestaste decidí venir por mí misma. Pensaba invitarte a almorzar. Hoy me toca a mí.

—¿Estaba Pat?

—¿Pat? No. Me encontré con un hombre que salía. Dijo que era médico. Me extrañó y entonces me explicó todo lo ocurrido.

—¿Y el médico tenía la llave?

—Sí... Y la dejó debajo del felpudo de la entrada.

—¡Ah! Bueno, claro; Pat debió decirle que yo vivía sola y debieron arreglarlo así.

—¿Pat Rowlan... el que me hablaste ayer estuvo aquí? —preguntó Molly fingiendo extrañeza.

—Sí. Fue el que me recogió y me trajo a casa.

—Entonces no puede ser una mala persona. ¿Ha estado aquí esta noche?

—Sí. Es decir, no sé a qué hora se marchó.

—¡Mira! Aquí hay una nota. No me había fijado —Y Molly tomó la nota de la mesita y añadió—. ¿Quieres que te la lea?

—Sí, por favor.

*“Felices sueños. La veré más tarde,*

*”Pat.”*

Apenas la hubo leído, fingiendo un gesto distraído, la guardó en el bolsillo del delantal con el que había estado trajinando.

—Bueno... Si quieres que te sirva algo no tienes más que mandar. Hoy voy a hacerte compañía todo el rato que pueda. Por cierto... ¿Dónde caíste?

—En la escalera de la casa de enfrente.

—¿Es que fuiste?

—Sí... Apareció el hombre o lo que sea y decidí averiguar de una vez qué quería de mí.

—¿Le viste?

—No, pero estaba allí. Creo que quería matarme... Y hui.

—¿No has avisado a la policía?

—¿Cómo podía hacerlo?

—Sí, claro, tienes razón, soy una estúpida. Y Pat no debió hacerlo, ¿verdad?

—Supongo que no; lo habría dicho. Además, él no sabe qué estaba haciendo allí.

—Bien, pues yo creo que debes llamar a ese agente del que me hablaste ayer. Cuéntale todo lo que ocurrió. Debe saberlo y abrir una investigación. ¡Has estado a punto de morir asesinada!

—Llama, Molly. Llama tú misma a la policía.

—Sí, Jeanne. Ahora mismo.

El agente de primera clase Holder llegó al cabo de veinte minutos.

Lentamente ella le contó todo lo ocurrido la noche anterior y Holder la dejó hablar sin interrumpirle.

Al fin, cuando ella hubo concluido, el policía, murmuró:

—Bien. Esto parece más grave... Tendré que conseguir una orden para penetrar en ese piso y registrarlo a fondo... Esperemos que haya más suerte que con Patrick Rowlan.

—¿Por qué dice eso?

—Porque por lo visto a ese Pat sólo le ha visto usted... Estuvimos en el garaje que usted nos dijo, y allí no han tomado a ningún lavacoches últimamente. O sea que el tal Pat Rowlan ha vuelto a mentirla. Me gustaría echarle la vista encima. En fin. Voy a conseguir esa orden para entrar en el piso del fisgón.

—Espero que esta vez me crea, señor Holder.

—Claro que sí, señorita Jeanne, claro que sí... A propósito, si ese Pat fue a buscar al médico... ya tenemos a alguien más que le ha visto.

—¡Oh, sí! —exclamó la joven.

—¿Sabe usted cómo se llama ese médico que la atendió?

—No, pero supongo que deberá volver.

—Malo. Podríamos ganar tiempo empezando a trabajar desde este momento.

—Espere, señor Holder... Hay una receta sobre mesita. Ayer la vi.

—Magnífico.

El agente se aproximó a la mesita, pero...

—Oiga, aquí no hay nada.

—Tal vez mi amiga la haya tocado al quitar el polvo. ¡Molly!

La amiga apareció en el umbral.

—¿Llamabas, Jeanne?

La “amiga”, apareció en el umbral.

—Sí. ¿Has visto una receta que estaba sobre la mesita?

—¿Una receta? ¿De médico? No. Creo que no había nada.

—Tenía que estar. Pat me la mostró anoche.

—Lo siento —sonrió, su “amiga”—. Yo al menos no he visto nada... Pero tal vez Pat pudo llevársela.

—Pero, ¿por qué? —preguntó extrañada Jeanne.

El policía tomó el frasco de píldoras y murmuró:

—Si hay esto, debe existir una receta. No lo hubiese podido adquirir sin ella.

—¡Había la receta! ¡Y estaba timbrada con el sello de una farmacia!

—¿De la farmacia? ¿Recuerda el nombre? Así sería fácil porque todas llevan un registro con el nombre de los médicos que recetan productos tóxicos.

—No, señor Holder, lo siento, no puedo acordarme. Sólo la vi un momento.

—Todo son contrariedades, pero no se preocupe... —Sonrió guiñando un ojo a la herida y añadió—: Volveremos a vernos.

El policía salió de la casa y Molly siguió cumpliendo su papel de buena amiga, aunque en el fondo sólo estaba allí acatando órdenes de Pat.

## CAPÍTULO XVIII

A las cinco de la tarde, el agente Holder, con una orden especial conseguida a pesar de ser domingo, se presentó junto otro compañero a la casa 327 de la calle St. George.

Mostró la autorización a Carol, la telefonista, pidiéndole:

—Deme la llave del 3 A.

—Pero, ¿qué es lo que pasa en ese apartamento? —preguntó la telefonista.

—Espero poder contestar a su pregunta en cuanto baje. Pero por si acaso no esté demasiado segura.

Los dos agentes subieron por la escalera y poco después se hallaban ante la puerta que parecía cerrar todo el misterio.

El agente Holder la abrió y enseguida buscó el conmutador general.

Una voz en la entrada, dijo:

—Está detrás de la puerta.

Holder se volvió y vio a Sam, con su inevitable mono de mecánico.

—¿Quién es usted?

—El encargado de la refrigeración... En invierno cuido de las calderas de la calefacción.

—¡Ah!

—¿Si puedo servirles en algo?

—Tal vez. ¿Cómo se llama?

—Sam.

—Bien, Sam... Pasa.

—Ya estuve en ese apartamento hace unos días. Yo no vi nada...

—¿Y qué es lo que tenías que ver?

—Parece que alguien dijo que había visto a una persona, pero no es verdad. Yo entré y no había nadie.

El compañero de Holder murmuró:

—Sí. La telefonista ya me dijo que había mandado a un hombre.

—Bien. Dicen que cuatro ojos ven más que dos. Ahora serán seis los ojos. Abrámoslos bien y busquemos. Donde menos se piensa salta un detalle que puede ser de interés.

Los hombres avanzaron por la casa.

Todo estaba en perfecto orden. Allí no había la menor huella de la lucha que la noche anterior habían sostenido Jeanne y su agresor.

Con ojo de experto el agente Holder no dejó nada revisar.

—¿Tiene alguna otra salida este apartamento? —preguntó a Sam.

—Se puede entrar por la cocina. Se sale directamente a la escalera de servicio, que es la de emergencia. Vean —informó Sam.

Abrió una puerta disimulada que comunicaba con una escalera mecánica, que ascendía hacia los dos pisos superiores, y descendía en dirección a la primera planta del edificio.

—Yo siempre entro por abajo, cuando voy a trabajar. Bueno, en realidad no me muevo de aquí. Tengo un pequeño cuarto. El propietario de la casa me lo amuebló. Aquí no me falta nada. Estoy caliente en invierno y ya ve que en verano tampoco hace calor.

Holder cambió una mirada con su compañero.

—O sea que esta puerta está casi siempre abierta.

—Puede cerrarse por dentro.

—¿Y ahora cómo estaba? Tú la has abierto. ¿Estaba echado el cerrojo?

—Pues no. No estaba.

—Entonces es muy fácil poder entrar y salir.

—Pues sí...

Los agentes se metieron en el pequeño rellano de la escalera mecánica y comenzaron a bajar.

Después de tres pisos había otra puerta, metálica también por la que se salía a la parte lateral de la casa, junto a un callejón.

Más abajo, según indicó Sam, estaban las salas de la maquinaria del edificio.

Los policías volvieron a subir. Holder quería continuar su

registro antes de abandonar definitivamente el apartamento.

No encontró nada.

\* \* \*

Holder había reunido a algunos vecinos.

La mayoría estaban ausentes, a causa del fin de semana, y sólo cuatro habían salido al oír los gritos de auxilio, que profería Jeanne al salir de la casa.

Las respuestas dadas por separado, más o menos fueron unánimes.

—Vimos correr a esa muchacha como si huyera de alguien. Luego cayó y quedó inconsciente.

—¿Pero huía realmente de alguien? —era la pregunta que formulaba el policía.

Encogimiento de hombros.

Nadie había visto nada.

Y cuando les hablaban de la posibilidad de que en el piso tercero, A pudiera haber alguien la respuesta tampoco difería mucho entre los preguntados.

—No es posible. La llave sólo la guarda la encargada de la centralita... Y cuando se va por la noche quedan todas encerradas. Si le hubiesen robado una llave habría avisado a la policía, e inmediatamente el propietario de la casa hubiera hecho cambiar la cerradura de la llave robada...

—Y no la han robado —aducía otro—. No es posible que puedan entrar.

—Por la puerta de la cocina —era la réplica del agente.

—En tal caso Sam hubiera visto algo. Siempre está rondando por esa puerta. No... Lo que dice usted es bastante difícil, y muy improbable.

—¿Pues entonces? ¿Qué es lo que se mueve dentro de la casa? ¿Por qué vino esa señorita a averiguarlo?

Una de las respuestas fue bastante concreta, aunque poco caritativa para Jeanne.

Fue uno de los vecinos que replicó:

—¿No se ha preguntado si esa señorita no tiene perturbadas sus facultades mentales?

El agente dio las gracias a todos por su colaboración y salió del edificio.

La conclusión era simple. Allí no había nadie. Absolutamente nadie.

El agente Holder regresó al apartamento de Jeanne.

Molly le abrió la puerta y seguidamente los dos pasaron al dormitorio en el cual la propietaria del apartamento seguía en cama.

Evidentemente a Holder le costaba enfocar la cuestión.

Su aspecto arrogante, su sonrisa un tanto despreocupada le daban el aspecto de quien sabe inspirar confianza. Sin embargo, en aquellos momentos, Holder sólo trataba de encontrar las palabras precisas.

—¿Ha averiguado algo? —inquirió Jeanne con un hilo de voz.

—Sí, sí... Hemos pasado media tarde en la casa de enfrente. Ahí en el número 327.

## CAPÍTULO XIX

SE detuvo como si con esto lo hubiera dicho ya todo.

Molly intervino.

—Bueno. Habrán encontrado alguna huella... Algo que confirme lo que ha dicho mi amiga.

—Esto es lo malo. Que no hemos encontrado nada. Absolutamente nada.

—¿Siguen pensando que todo es invención mía? —preguntó Jeanne con marcado desdén.

—Pues... Lo que yo particularmente pueda pensar, no importa demasiado. Pero tengo que dar un informe y... me gustaría tener una charla con usted.

—Ya puede hablar, señor Holder. Le escucho. Casi no puedo moverme, pero la cabeza me rige perfectamente. Estoy en situación de contestar todo lo que usted pregunte.

—Si su amiga tuviera la amabilidad de dejarnos solos.

—No tengo secretos para mi amiga, señor Holder. Además, es la única persona que puede cuidar de mí...

—Bueno... Supongo que la señorita Molly debe estar enterada de los trastornos que sufrió usted cuando..., cuando se descubrió que el señor Albert Stevens... En fin, ya me comprende.

—Agente... Es la segunda vez que hace mención a mi enfermedad. Eso ya pasó... ¿O acaso creen que...? ¡Dios mío! ¿Creen que todo esto lo he inventado yo?

El policía guardó silencio.

—Siga, por favor. Se supone que yo soy una visionaria. ¿No es esto?

—No, exactamente. Bueno...

—No trate de encontrar una palabra menos dura, agente Holder. De acuerdo. Si esta es toda la protección a que puedo aspirar de la policía, comprendo que no tenga nada más que decir.

El agente siguió callado.

—Ahora veo claro... Nunca... Nunca llegué a suponer que alguien tramara una conspiración contra mí. Sin embargo, ahora sí... Todo esto no ha sido más que una trampa para que se dudara de mi cerebro.

—Supongamos que lo dice usted de verdad... —empezó el policía.

—¿Supongamos? Piense usted lo que quiera, ahora ya veo que no me va a ayudar nadie.

—Yo quiero ayudarla. A pesar de todo lo que pueda creer, quiero ayudarla.

—¿Cómo? ¡Diciendo que soy una visionaria!

—Escuche, señorita Jeanne, sólo le pido qué motivos puede tener una persona o unas personas determinadas para desacreditarla.

Jeanne guardó silencio.

—Si alguien está tratando de hacerla aparecer a usted como una visionaria... debe hacerlo por algún motivo...

—No lo sé. No puedo contestarle.

—¿No puede?

—¿Cree también que estoy mintiendo?

—No, no. No se excite.

—No me excito, señor Holder.

—Veamos... En caso de que usted fuera declarada incapaz... Es decir, que tuviera que ser recluida en un sanatorio mental, pongamos por caso... ¿A quién beneficiaría tal cosa?

—Los bienes que mi padre posee en acciones, y la renta que por los seguros me pasa la compañía, ingresándolos en una cuenta no los he tocado jamás. Vivo de mi trabajo, y no tengo más familia.

—O sea que si a usted le ocurriese algún accidente... nadie saldría beneficiado por ello.

—No.

—¿Está segura?

—¿Cree que es posible que esté segura de algo, agente?

—Bueno. Quedamos en que no tiene usted parientes, y por tanto no existen herederos.

—Así es.

—¿En cuánto estima lo que le dejó su padre, entre acciones, rentas y bienes en general?

—No lo he contado todo. Creo que es bastante.

—¿Cinco mil, diez mil? —insistió el policía.

Intervino Molly para deducir:

—Tú tienes que saberlo. Esto puede ser importante... Antes de la muerte de tu padre, tú cuidabas de sus cuentas.

—Sí.

—Entonces, puede hacer un cálculo aproximado, señorita. Haga un esfuerzo.

Ella hizo una larga pausa, después, lentamente, murmuró:

—Mi padre era hombre que apenas gastaba dinero. Vivía sólo para el trabajo. Ganaba mucho. Creo que... todos sus bienes ascienden poco más o menos a unos... ciento y pico mil dólares.

El policía lanzó un silbido.

—Y las rentas, ¿no?

—Sí.

—Esto es una fortuna... ¿Y usted no la ha tocado nunca?

—No. Tal vez porque no lo he necesitado.

—Bien, pero si no tiene usted hecho testamento.

—Las cosas quedan tal como estaban. ¿No es así?

—No sé... Le, prometo hacer cuanto pueda. Y usted, Molly, procure no moverse de su lado, ¿eh? Tal como está es mejor no dejarla sola.

—Esta noche tengo que salir. Tenía el propósito de venir a vivir con ella antes de que ocurriera el accidente.

—Bueno... Dejaré a un agente vigilando. No creo que ocurra nada, pero así la señorita Jeanne estará más tranquila y se dará cuenta de que no la abandonamos —sonrió el agente Holder, poniéndose en pie.

Luego, como si de repente se hubiera acordado de algo, indicó:

—¡Ah! Y si viene por aquí ese tal Patrick Rowlan, procure entretenerle...

Se fijó en el teléfono que tenía en la mesita de noche y añadió:

—Si Molly está con usted, que salga y me llame desde el

teléfono que está en el salón. Si está usted sola, mándele a buscar alguna cosa. Agua en la cocina... o unas servilletas, lo que sea, con el fin de que tenga tiempo de quedarse sola y podernos avisar.

—¿Pat Rowlan? —inquirió ella.

—Sí. Me gustaría poder charlar con este tipo y saber de una vez por qué le miente continuamente.

—No creo que éste sea el camino, señor Holder. Pat me ayudó anoche. Si hubiera querido hacerme algún daño, podía haberlo hecho.

—Sí. Pero lo malo es que nadie le vio tampoco.

—¿Que no le vieron? ¡Él me recogió cuando caí por la escalera! —protestó Jeanne.

—Perdone... También he preguntado esto y... las personas que estaban presentes dijeron, simplemente, que..., que fue un médico, amigo suyo.

—Eso no es verdad, Pat me dijo que...

Se interrumpió comprendiendo que Pat pudo haberla engañado una vez más.

—Jeanne... —murmuró el agente dando un paso hacia delante—. ¿Cómo se llama su médico de cabecera?

—¿Mi médico...?

—¿Tendrá un médico, no? ¿Acaso el mismo que la atendió en su depresión nerviosa?

—¡Otra vez la dichosa depresión!

—Bueno, dígame el nombre de su médico. Puedo averiguarlo igualmente.

—Hace tiempo que no ha tenido que visitarme. Aunque no lo crea, estoy sana... Pregúnteselo. Es el doctor Mills. Alexander Mills. En mi agenda están sus señas, dáselas, Molly.

—Sí, querida —repuso su amiga.

El agente se despidió con un ademán.

Poco después, Molly buscó en el bolso de la joven. Ya en el salón, lo abrió y extrajo la agenda. Ella misma buscó la letra M. Y antes de que el policía pudiera leer las señas, las miró ella.

—Tome —dijo ofreciéndole el librito con una sonrisa.

El policía la miró también y sonrió.

—Deme, Molly. Tomaré nota —dijo.

## CAPÍTULO XX

—¡No podemos distraer a ninguno de nuestros hombres, Holder! Y usted debería saberlo —exclamó el teniente del departamento de policía al que el agente estaba adscrito.

—Es que... hay algo raro en este asunto.

—Yo le diré lo que hay, Holder. Estamos ante una chica histérica, que lo único que necesita es un reconocimiento médico y lo más probable es que se demuestre que su cabeza no rige bien. Por tanto mejor harán en encerrarla. Hágalo constar en su informe. ¿Me ha comprendido?

—Bueno. Llamaré a su médico. Aquí tengo las señas. —Y sacó un bloc de notas—, doctor Alexander Mills. Stanford Avenue, cerca del Washington Boulevard. Debe ser un médico caro.

—Está bien, llámeme; que nos dé un informe y cierre el expediente.

—Si me diera un par de días... Uno solo. Hoy es domingo y no es posible hacer gran cosa.

—¿Por qué tiene tanto interés, Holder? ¿No tenemos bastante trabajo? Asesinatos, robos, hippies, marchas pacíficas, disturbios...

—Sí, sí, teniente, pero si usted conociera a Jeanne Foster, le aseguro que su aspecto no es el de una maníaca que cree que los hombres la espían cuando se desnuda. Es muy hermosa. Además..., cuando uno trata con ella, llamándola sicópata, se da cuenta enseguida. Mete la pata. Se descubre a sí misma. Jeanne Foster no es de ésas.

—Bueno... No quiero ser la causa de que se cometa un asesinato de verdad. Tómese ese par de días... Pero tendrá que alternarlo con

el trabajo que salga. No puedo hacer más. Compréndalo. Aquí no hay ningún agresor material; nadie ha visto jamás ese misterioso personaje de los prismáticos, tampoco aparece por ninguna parte ese otro que dice ser amigo de su ex novio. ¿Contra quién quiere proceder?

—Sí, claro. Pero el otro día mi compañero les fue siguiendo y ella iba acompañada.

—¿No dice que es una mujer hermosa? Debe tener amigos. Cualquiera puede acompañarla. Eso no es un delito. Si tuviéramos que detener a todos los acompañantes de las jóvenes...

—Ella dice que era Patrick Rowlan.

—¡Ella dice! Y también dice que un hombre la espiaba. ¿Y dónde está? ¡Dos días, Holder, ni uno más!

—Gracias, teniente.

\* \* \*

Cuando Molly se despidió aquella noche, Jeanne creyó encontrarse más sola que nunca.

Sabía que no podía recurrir a nadie. Consultó el reloj y vio que eran más de las diez.

Por primera vez se sentía asustada de veras y la razón de ello era la inmovilidad a que las contusiones la sometían.

Probó de moverse y sintió profundos dolores.

Estaba condenada a permanecer en aquel lecho, inmóvil... ¿Y si de pronto aparecía alguien?

La casa estaba en sombras. La terraza permanecía abierta y subía la tenue luz de la calle que por otra parte estaba silenciosa.

De cuando en cuando, se oían pisadas de algún noctámbulo.

Cada vez que unos pasos se detenían cerca, sentía un escalofrío.

Pensó en Charles.

En aquellos momentos Charles era su único amigo.

Recordaba su número de teléfono e hizo esfuerzos para aproximarse al extremo de la cama y tomar el aparato.

El teléfono le cayó encima.

Consiguió marcar su número.

El timbre sonó al otro lado del hilo sin que nadie descolgara el auricular.

Insistió otra vez y al fin tuvo que colgar desalentada.

Estaba sola. ¡Completamente sola!

Holder llamó al doctor Alexander Mills.

Su suerte no difirió de la de Jeanne, porque el teléfono del médico tampoco fue descolgado. En la casa no había nadie y no era de extrañar. La mayoría de los que habían ido a pasar el fin de semana fuera de la ciudad no regresaban hasta el lunes a primera hora.

Holder colgó y marcó otro número.

Al otro lado del hilo se puso una mujer madura, con aspecto risueño.

—¡Ah! ¿Eres tú, hijo? ¿Es que no vienes todavía?

—Tardaré un poco, madre.

—Otra vez con el trabajo. ¿Es que no tienen a más agentes que a ti?

—Sí, madre. Pero esta vez no le echas la culpa a la brigada. Es un asunto mío.

—¡Ah! Eso es distinto... ¿Has cenado?

—He tomado un bocadillo. Acuéstate. Puede que regrese tarde.

—Está bien, hijo. Que te diviertas.

—Lo intentaré, madre.

Colgó el policía y también su madre.

Luego Holder salió de la brigada y tomó el coche.

El lugar era ruidoso. La luz oscilante hasta el mareo y la música obsesiva.

Las parejas bailaban como sonámbulas, cansadas, pero aguantando tenazmente, como si de un concurso de resistencia se tratara.

La decoración del local parecía realizada por un enfermo mental.

Era un decorado de pesadilla. Se entremezclaban los colores formando torbellinos, extrañas figuras geométricas de verdadera pesadilla.

¡Y las luces! Siempre luces de colores encendiéndose y apagándose continuamente.

De cuando en cuando, un flash luminoso ponía al descubierto con la intensidad y fugacidad del relámpago las extrañas faces de la concurrencia.

Pululaban las barbas, los vestidos sucios, desgarrados a veces. Algunas chicas bailaban casi sin ropa y otras practicaban casi el streap-teasse.

Los hombres, de todas las edades, se hallaban sentados, o bailaban, algunos desnudos de pecho para arriba, descalzos casi todos.

Camareras, con blusas transparentes y fumando sin cesar, servían a la clientela.

El humo convertía a la atmósfera en irrespirable y las paredes de cartón piedra amenazaban con venirse abajo con el estrépito de un conjunto sin ritmo alguno.

Sobre grandes timbales bailaban parejas, se movían, se contorsionaban como enfermos del baile San Vito otras practicaban casi el streap-teasse.

El calor era asfixiante, pero la gente afluía al local y largas colas de recién llegados se distribuían en la escasa superficie, buscando, si no sillas, que no había, rincones donde hacinarse, paredes en las que apoyarse o un sitio inverosímil en la pista para moverse.

El olor a alcohol se mezclaba con el sudor, de humo que no siempre era tabaco autorizado.

Aquel era un lugar ideal para pasar inadvertido.

Y allí, sentados en un escalón, muy juntos, se encontraban Molly y Patrick.

Cada uno tenía un vaso en la mano y continuamente eran casi pisoteados por la gente que buscaba acomodación.

La estridencia de aquella música impedía que nadie pudiera escuchar su conversación:

—El agente Holder seguirá investigando. Ha pedido el número del médico de Jeanne.

—El doctor Mills hace bastante tiempo que no la visita. No puede por tanto juzgar su estado actual.

—Pero hará preguntas, y no se conformará con Mills. Buscará a otras personas.

—Hoy no puede buscar a nadie. Es domingo y son casi las once de la noche.

—Pero mañana...

Pat sonrió enigmáticamente:

—Mañana puede que sea demasiado tarde, ¿no crees?

—¿Quieres decir que esta noche...?

—Es el momento oportuno. Después de lo sucedido ya no habrá ocasión mejor.

—¿Y si hay alguien vigilando?

—Lo averiguaremos... Y por si acaso, tú vete a casa.

—¿Me llamarás?

—Sí. Te llamaré luego. Después de las doce. ¡Espera! No te vayas todavía, sigue aquí. Mejor será que te vean. Si es que alguien puede ver algo aquí. Sal antes de las doce y cuando llegues a casa espera mi llamada... O acaso vaya personalmente. ¿Qué prefieres?

Y sin esperar ninguna respuesta, sonrió largamente y la besó fugazmente para, enseguida, avanzar mezclado con los sudorosos clientes.

Consiguió abrirse paso hasta la puerta de salida.

Una vez en la calle cogió un coche, "Buick", modelo 66 y se alejó.

## CAPÍTULO XXI

**J**EANNE intentó repetir la llamada telefónica a Charles, pero tampoco obtuvo respuesta.

Pensó que, como tanta gente, Charles no regresaría hasta el lunes para ir directamente a la compañía.

Al soltar el teléfono creyó oír pasos en la escalera.

Igual que la otra vez, alguien estaba subiendo.

En efecto, en la penumbra de la escalera, unas botas relucientes ascendían hacia el piso segundo.

Estaban ya en el tramo de peldaños que conducía al rellano donde estaba el apartamento de la joven.

Eran pasos seguros, decididos, que avanzaban.

Jeanne, con la puerta abierta, e inmóvil en la cama, aguzaba el oído.

Esperaba, que quienquiera que subiera, pasara de largo el piso..., que fuese uno de los vecinos de las plantas superiores.

Pero los pasos concluyeron en el rellano.

Luego, la persona que subía, el hombre, miró a derecha e izquierda como si quisiera asegurarse de que no había nadie que pudiera verle.

Después de la comprobación continuó su camino para alcanzar la puerta del apartamento de Jeanne.

El rostro de la muchacha volvía a expresar un temor similar al de la noche anterior. Quizá mayor aún porque presintiendo el peligro nada podía hacer para evitarlo.

Las pisadas se detuvieron frente a la puerta.

Durante unos segundos reinó el más absoluto silencio.

Los pies del hombre se habían detenido en el felpudo.

De pronto pudo escuchar un nuevo ruido. Era una llave. Una llave que se introdujo en la cerradura y giró, lentamente.

Después el chasquido del cerrojo al ceder.

Y una leve brisa en señal de que la puerta estaba abierta y fugazmente por la sala se introducía la corriente de aire.

Otro chasquido anunció que la puerta se había cerrado.

Ahora los pasos del hombre avanzaron hacia el dormitorio de Jeanne.

Ella cerró los ojos.

No resistía más y le resultaba inútil cualquier intento.

En el umbral de la puerta apareció la silueta del hombre.

Cuando empezó a hablar, ella le reconoció enseguida.

—¿Estaba durmiendo?

Jeanne abrió los ojos.

—¿Qué ha venido a buscar, Pat? ¿Qué es lo que quiere de mí? ¿Por qué no acaba conmigo de una vez?

Él se aproximó sin contestar.

—¿Qué es lo que quiere de mí? ¡Dígalo de una vez, Pat! ¿Qué quieren todos?

—¿Todos?

—Sé que es una conspiración, pero no sé lo que quieren... No me importa. Ya no me importa nada. Ni siquiera le pregunto cómo ha entrado.

—La llave estaba en el felpudo. Debajo.

—No es verdad. Yo dije a Molly que... ¡Dios mío! Molly... ¿Molly también?

—Sí. Molly me la dio. Ya no vale la pena seguir fingiendo.

—¿Es amiga suya? Ha mentido usted siempre... La policía dijo que anoche me recogió un doctor. Era usted.

—Sí, Jeanne. No vino ningún doctor. Vi que no era nada y yo mismo le hice el vendaje. Las píldoras que le di eran mías y la receta mía también, la utilicé sólo para que la viera un momento. Molly se la ha llevado esta mañana.

La voz de Pat sonaba fría, sin emoción.

Ella, con el rostro angustiado, preguntó una vez más:

—¿Y todo esto por qué?

—¿No lo sabe?

—¡Dios mío! ¿Qué es lo que tengo que saber?

—Haga un esfuerzo. Su cabeza no sufrirá en absoluto por ello.

—No sé qué quiere decir... No sé qué debo recordar. Hable claro de una vez. Me encuentro mal.

—Se encuentra perfectamente. Un poco magullada por la caída de ayer, pero usted se lo buscó. ¿Por qué fue a la casa de enfrente?

—Porque había... ¡Pero usted debe saberlo! Supongo que todo ha sido un juego.

—Cierto. Ha sido un juego.

—Para hacer que todos crean que estoy enferma.

—Lo está usted, Jeanne.

—¡No! No estoy enferma —repuso ella desesperadamente haciendo un esfuerzo inútil por levantarse.

—Lo está y la recluirán de nuevo en una clínica.

—¿Por qué? ¿Por qué?

Pat dio unos pasos hacia delante, para situarse junto a la cabecera de la cama.

—No se acerque, no se acerque —gritó ella.

\* \* \*

El agente Holder dejó su coche aparcado frente al portal de la casa de Jeanne.

La puerta, como en la mayoría de las casas del sector, estaba abierta toda la noche y la empujó para entrar.

Comenzó a subir las escaleras sin demasiada prisa.

Un peldaño, dos...

Se detuvo en la mitad del primer tramo para encender un cigarrillo.

Y arriba, en el apartamento de la joven, Pat proponía:

—Hay un medio para evitar que la recluyan. Se lo indicaré. Será lo más adecuado.

Aproximó su mano a la muchacha y ella gritó:

—¡No!

Pat, sin embargo, lo único que quería era quitar la ropa de la cama.

—¡Levántese!

—No puedo...

—¡Levántese!

Intentó sujetarla, para obligarla, y ella gritó de nuevo.

El apartamento, a prueba de ruidos, no permitía que su voz atravesara los muros y el policía en la escalera, tras dar un par de chupadas, prosiguió parsimoniosamente su ascensión.

—¡Vamos, vamos! —exclamó Pat obligándola a sentarse en la cama.

—Déjeme...

—¡Ponga los pies en el suelo!

—No puedo, no puedo.

—¡Levántese...! Sólo tiene que ir hasta la terraza...

—Hasta la terraza... ¡Dios mío! ¿Por qué?

—Es muy fácil. Está usted enferma... No sabe lo que se hace... Pero yo sí.

—¡No! ¡No! Quiere usted arrojarme a la calle.

Con todas sus fuerzas dio un tirón para desasirse de Pat y echar por el otro lado.

Le dolían las heridas y en su rostro expresaba aquel terrible dolor aumentado por la angustia.

—No conseguirá escapar y usted lo sabe.

Ella jadeaba. Se sabía imposible para burlar el acoso de que era objeto.

Ahora sí veía la muerte de cerca, de muy cerca.

—Ayer hubiera resultado todo mucho más fácil en la casa de enfrente, pero da lo mismo, casi mejor que como estaba planeado... Ahora ya nadie la cree. Piensan que está enferma... ¿A quién puede extrañarle un suicidio?

—¡No, no...!

El policía estaba ya en el rellano y se detuvo para dar unas chupadas y tirar el cigarrillo antes de avanzar hacia la puerta.

Pat volvió a sujetar a Jeanne.

El policía aplastó el cigarrillo contra el suelo utilizando la suela de su zapato, luego prosiguió.

Jeanne estaba exhausta. No podía más, se dejó caer de espaldas a la cama.

Entonces el agente Holder, levantó el felpudo para buscar la llave.

No estaba.

Llamó.

El timbrado cambió por completo las cosas.

Pat vaciló un instante y luego tomó las piernas de la muchacha, las metió en la cama, y la arropó con la sábana.

El policía insistió en la llamada y Pat tranquilamente exclamó:

—Ya voy. Ya voy.

Jeanne dio un suspiro de alivio.

## CAPÍTULO XXII

EL suspiro de Jeanne fue doble al ver que se trataba del agente Holder.

—¡Gracias a Dios que ha venido usted! Es Patrick Rowlan. Lo ha confesado todo. Trataba de matarme.

Pat sonrió, mientras el agente le miraba con curiosidad.

—¿Usted es Rowlan?

—No, señor.

—No lo crea, señor Holder... Tratará de engañarle. Siempre ha mentido.

Por toda respuesta y ante la mirada, mitad indiferente y mitad escéptica del policía, Pat sacó una cartera del bolsillo interior de su chaqueta.

—Aquí tiene mi identificación. Me llamo Donald Franzer y soy inspector de la antigua International Union.

—¿Inspector de seguros?

—Exacto. Únicamente trataba de probar ciertas irregularidades que por suerte han quedado demostradas. Creo que haría bien ordenando que esa mujer sea internada.

—¿En qué se basa?

Jeanne no daba crédito a lo que estaba oyendo.

—¿No irá a hacerle caso, verdad señor Holder? Está mintiendo. Hace un momento trataba de arrojarme por la ventana.

—¿Se da cuenta, inspector? —sonrió Pat.

—Agente sólo. Agente de primera clase.

—Está... —Y con el índice Pat se barrenó la sien queriendo decir que Jeanne estaba loca.

—¡No le crea! No se deje convencer —gritó ella.

—Cálmese, Jeanne, cálmese —rogó Holder—. Ya sabe que estoy de su parte, pero este señor me ha mostrado unos documentos y parecen auténticos.

—Lo parecen porque lo son —repuso Pat.

—Bien, dejémosle que hable y después hablará usted. ¿Eh, Jeanne? —propuso el policía como si hablara con una niña con ánimo de convencerla.

Ella no contestó y Holder dirigiéndose a Pat murmuró:

—Empiece.

—Hace aproximadamente dos años pagamos el importe de una póliza a esta señorita. La había suscrito el señor Foster, dejando beneficiaría a su hija.

—Sí, sí, continúe —asintió el policía.

—Por tratarse de la hija de uno de nuestros empleados, y accionista, además, se pagó sin ninguna clase de formulismo. Ella recibió el cheque y no volvió a hablarse del asunto. Posteriormente, y como la compañía se había fusionado, los asuntos pendientes de la International Union los despachamos durante unos días para dejar las cosas en orden... Por aquel tiempo trabajaba con nosotros la señorita Molly, usted la conoce.

—Sí.

—Repasando uno de aquellos papeles, Molly advirtió que la firma de Jeanne Foster, aun siendo muy parecida no era exacta, y ello nos llevó a la conclusión de que esta mujer, la que cobró, era una impostora.

—Interesante, continúe.

—Entre el tiempo que pasó desde el pago de la póliza y el que necesité para buscar una pista, han transcurrido casi dos años.

—No omite usted ningún detalle. Precisamente se lo iba a preguntar. ¿Por qué esperar tanto tiempo?

—Todos mis datos son exactos, pero como le digo faltaron esas pruebas necesarias para iniciar una acción contra la falsa Jeanne.

—¡Dios mío! —exclamó ella sacudiendo la cabeza de un lado a otro.

—Siga, siga —sonrió el policía.

—Las pruebas las obtuvimos en el sanatorio donde fue recluida, un año antes del fallecimiento de su padre. Usted podrá comprobar

que, por aquellas mismas fechas, ocurrió un fenómeno poco frecuente pero no improbable... El fenómeno era que había una muchacha de un extraordinario parecido con Jeanne. Se llamaba Mónica Lake.

—¿Qué? —exclamó Jeanne como si volviera de un largo letargo.

—Esa es Mónica Lake, agente —sentenció Pat.

—Eso... no..., no es verdad —tartamudeó la herida.

—Yo no he dicho que lo fuera —sonrió el agente—. Toda esa historia tan fantástica será necesario comprobarla, señor...

—Franzer. Donald Franzer. Ex inspector de la International.

—Bueno... Usted trabajará en la nueva compañía y sus jefes estarán enterados.

—Algunos sí, pero yo no trabajo con ellos.

—Entonces. ¿Actúa por su cuenta?

—Más o menos sí.

—Es extraño.

—La compañía no quiso comprometerse. Pensó que podía cometer un desliz. Si yo estaba equivocado quedarían en evidencia y nadie quería quedar mal ante la hija de un hombre que en vida gozó de gran estima.

—Pero le dejaron a usted actuar libremente.

—Sin comprometerles a ellos. Si yo descubría que en efecto existía suplantación de personalidad y era posible recuperar el dinero, sería gratificado y se me daría un puesto importante.

—Así que lo hace usted por altruismo.

—Agente... Comprenda, hay que vivir, pero sobre todo existe la honrilla profesional. En cierto modo me ocurre lo mismo que a los policías. Cuando uno está seguro de algo y ve que el asunto se le escapa por falta de pruebas removería cielo y tierra para demostrar que está en lo cierto.

—Esto es verdad... Pero volvamos con ésa... Mónica Lake.

—Sí. Verá. Eso también se puede comprobar... Mónica Lake fue dada de alta algún tiempo después que Jeanne Foster. Oficialmente estaba curada, pero el director del sanatorio le aconsejó que al cabo de algún tiempo pasara otra vez por el centro para un, ulterior examen, y el caso es que la tal Mónica Lake no volvió a aparecer por allí, y de ella no volvió a saberse nada.

—Bueno, pero esto no es una prueba.

—Lo es la firma falsificada, y lo es que esta mujer que ahora está en la cama tenga perturbadas sus facultades mentales. La verdadera Jeanne está perfectamente. Sufrió una depresión nerviosa y nada más. Esta no.

—Bien, señor...

—Franzer... Veo que se le olvidan fácilmente los nombres, agente.

—La verdad es que me ha dejado usted sorprendido.

—¿No irá a creer todo esto, verdad? —musitó ella con un hilo de voz.

—Tendré que investigar. A propósito. Yo quiero suponer que el señor Franzer..., Franzer sí —sonrió— sufre un error, y por lo tanto le pregunto a usted... ¿Existía esa Mónica Lake? ¿La conoció usted?

Se hizo un silencio. Al fin replicó:

—Sí. Existía.

—¿Hablaron?

—Sí.

—Llegaron a conocerse.

—Era una pobre chica. Decía siempre que los hombres la perseguían. Molly también sabía esto. Han inventado esta patraña para encerrarme.

—¿Con qué fin? No creo que el señor Franzer mintiera sólo para una comisión y un empleo.

Otro silencio que interrumpió el propio policía para añadir.

—Bueno. La dejaré con el señor Franzer y comenzaré la investigación. Tengo que llamar a San Mateo. ¿Es allí donde vivía antes, no? Sí. Ya tengo el nombre de la residencia donde estuvo y del centro donde fue atendida... Y espero que como he dicho antes todo sea una confusión. Hasta pronto.

—¡No se vaya! —exclamó ella.

—Tengo que trabajar... Y dormir si es posible.

—¡No me deje a solas con ese hombre!

—¿Por qué? Él no le hará nada. Si fuera un asesino que quisiera echarla por el balcón ahora no lo haría porque yo sé que él está a solas con usted. Y el señor Franzer es muy listo. ¿Verdad?

—No sé qué quiere decir con esto, pero le aseguro que no tenía la menor intención de quedarme. Sólo pretendía una confesión de esta mujer.

—Hubiera sido mejor que me contara todo eso antes, señor Franzer, pero en fin, si no se demuestra que se haya pasado usted de la raya y además encima tiene razón... habrá hecho un buen servicio.

—Vamos, agente. Iré con usted. No quiero complicaciones — repuso Pat o Franzer si en verdad era ese su nombre.

## CAPÍTULO XXIII

HABÍAN dejado la llave bajo el felpudo y se alejaron. Ella podía oír los pasos como se perdían por los peldaños de la escalera.

Luego su mente comenzó a trabajar deprisa. Necesitaba demostrar...

Escuchó los pasos de la acera y después el motor de un coche.

Jeanne hizo un esfuerzo para levantarse. Necesitaba encontrar algo.

No podía, le era imposible. Aun así con un tremendo esfuerzo consiguió poner los pies en el suelo, pero le era imposible andar.

Se dejó caer y comenzó a avanzar a rastras, como un soldado en descubierta, sólo que ella era una mujer y aquello un apartamento.

Aun a rastras el esfuerzo le resultaba agotador.

Los codos le dolían y también el cuerpo cada vez que lo encogía para tomar nuevo impulso.

Tardó cinco largos minutos en llegar hasta el umbral de la puerta.

Y en aquellos instantes Pat —o Franzer— que había subido al coche con el agente Holder, pidió:

—Pare aquí mismo.

Estaban delante de una boíte cuyas luces ya eran un aviso de lo que ocurría en el interior.

—Me quedaré aquí un rato. Quiero estar rodeado de gente esta noche... Por si acaso.

—¿Preparando una coartada?

—Si lo prefiere así...

—¿Cómo pueden gustarle esos sitios?

—Usted también es joven. En nuestro tiempo no teníamos cosas así...

—Que se divierta, Franzer.

Se apeó Pat y Holder arrancó de nuevo para doblar a la primera esquina.

Pat se metió en el local de ambiente parecido al que antes había visitado Molly. Se mezcló entre la gente y luego hasta el mostrador.

—Hola, nenas —saludó a un par de camareras de exiguos bikinis.

—¿Qué se te ha perdido por aquí? —preguntó una.

—Ya era hora que te dejases ver.

—Bueno, bueno... Uno tiene su trabajo. Por cierto necesito que me hagáis un favor.

—¿Quieres beber gratis?

—No. Quiero pasar la noche con vosotras.

—¿Con las dos? —sonrió la pelirroja.

—Pues sí... Aunque os molestaré poco. Sólo me veréis un ratito, pero si os preguntan algo diréis que he estado todo el rato... Tengo bonitos regalos para vosotras... ¿Queréis un anticipo?

—¿Qué te traes entre manos? —preguntó la otra.

—Secreto profesional. ¿La puerta trasera sigue en el mismo sitio? —Guiñó un ojo y se encaminó hacia un paso reservado exclusivamente para la gente de la casa.

Poco después estaba en la calle.

Era casi la media noche.

Aceleró el paso y casi corriendo tomó el mismo camino que había recorrido con el policía.

¡Regresaba a casa de Jeanne!

\* \* \*

Jeanne, con lágrimas en los ojos y la frente perlada por el sudor, había conseguido llegar hasta la mesita donde guardaba el revólver.

Con gran esfuerzo quitó el cajón que cayó sobre la alfombra.

El revólver del 22, quedó en el suelo.

Jeanne buscó entre las cosas que había en el cajón, papeles, fotografías. Nada.

Tiró del segundo cajón y lo dejó caer también.

Entonces, salió lo que buscaba.

Era una caja de proyectiles para el arma.

La cargó y con ella en la mano intentó regresar de nuevo a la cama.

Cansada por el esfuerzo anterior, tuvo que desistir para recuperar fuerzas.

Pensó en otra cosa porque reanudó la marcha, pero dirigiéndose hacia el pequeño hall.

Y entretanto, a Pat sólo le faltaban tres manzanas para llegar a la St. George Street.

Apresuró la marcha corriendo a buen ritmo.

Jeanne estaba junto a la mesita. Tomó aire después de un nuevo descanso.

Su mente barruntó un nombre y pensando en voz alta murmuró:

—Charles... ¡Ojalá estuviera aquí!

Alzó la mano para hacerse con el teléfono.

De nuevo sintió un tirón, pero consiguió sujetarlo, lo derribó.

Casi a gatas quitó el auricular y se lo colocó al oído para oír la señal de marcar.

No había señal. Tecleó un par de veces. Ningún ruido.

—La línea... —musitó—. Parece que la hayan cortado.

Desesperadamente, volvió a teclear, pero fue inútil. El teléfono no emitía la más leve señal.

Y en la calle a Pat sólo le quedaban dos manzanas para llegar.

Corrió todavía más aprisa y sus tacones resonaron sobre la acera desierta.

Jeanne soltó el teléfono.

¡Necesitaba huir!

Tema que llegar hasta la puerta, salir de la casa. Esconderse en cualquier parte.

Se arrastró de nuevo.

Pat había recorrido otra media manzana.

Jeanne no podía con el alma. Le faltaban todavía tres metros para llegar. Estaba cerca de los escalones.

¡Oh! Si pudiera utilizar los pies... Pero cada vez que intentaba ponerlos en el suelo sentía un dolor tremendo

Utilizó los codos para proseguir su penoso y lento avance.

Pat estaba en la esquina inmediata. Otros cien metros aproximadamente le situarían en la casa.

Jeanne, con un agotador esfuerzo, trató de salvar el primer

escalón del hall.

Sus brazos torpes tropezaron y le cayó el revólver. Lo buscó. Lo necesitaba para defenderse, y aquello le hizo perder un tiempo precioso.

El tiempo se le agotaba porque Pat estaba sólo a cincuenta metros... A cuarenta... Cada zancada le aproximaba más y más... Y ahora parecía tener más prisa que nunca.

Con gran esfuerzo, Jeanne había conseguido llegar a la parte del hall. Ya sólo tenía que recorrer dos metros, luego abrir la puerta, quitar la llave y salir... Pero todo esto requería tiempo, mucho tiempo.

## CAPÍTULO XXIV

AGOTADA llegó hasta la puerta. La dificultad estaba en levantarse lo suficiente para abrirla.

Sacó fuerzas de donde ya no las tenía.

Un intento, dos...

Pat estaba en la misma esquina observando, amerándose de que no había nadie.

Un tercer intento por parte de Jeanne consiguió que la puerta se abriera.

Frenética levantó el felpudo.

Pero en aquel momento escuchó los pasos de alguien. De alguien que subía deprisa, muy deprisa.

Asustada se metió de nuevo en la cama.

¡No había tiempo para huir! ¡Demasiado tarde!

La llave le cayó. No se preocupó en buscarla y cerró de golpe.

Se apoyó contra la puerta.

Jadeante, con el rostro entre las manos y el revólver en el regazo.

Levantó la cabeza y ahogó un grito de espanto.

Por la puerta de la cocina acababa de aparecer Pat.

—¿Eh?

—He utilizado la escalera de incendios. Es más fácil.

Sin dudarle, Jeanne le apuntó con el revólver.

—No se mueva —advirtió.

Pat sonrió y avanzó hacia ella.

—No se mueva, si cree que no voy a disparar se equivoca.

—Está descargada. Lo comprobé anoche.

—Acabo de cargarla, Pat, o como se llame.

—¿Piensas que voy a tragarme el cuento?

Avanzó un poco más.

—¡Está cargada!

Pat sonrió.

—¿De veras?

Pat dio otros dos pasos. Estaban casi a un metro.

—¡No!

Él iba a seguir avanzando y ella apretó el gatillo y cerró los ojos.

El percutor dio en vacío como si de veras no hubiera bala.

De pronto sonaron unos golpes en la puerta. Unos golpes violentos.

—¡Jeanne, Jeanne! —gritó una voz.

—¡Charles! —exclamó ella al reconocerle.

—¿Estás bien? ¡He oído ruido!

—La llave está en el suelo, abre.

—¡Ya la veo!

Pat quedó indeciso.

La puerta se abrió y Charles se encontró con aquella escena entre patética y grotesca.

Pat reculó hacia la cocina.

—No lo dejes escapar, trata de matarme... Tendrás que ir a la policía no hay línea en el teléfono.

—¡Quieto, amigo! —exclamó Charles y se inclinó para recoger el revólver de Jeanne.

Pat sonrió, pero al tropezar con los cajones y mirar, vio la caja de proyectiles. Su rostro sufrió una rápida mutación.

—¡Cuidado! —exclamó Pat.

Charles, al mismo tiempo que el otro gritaba, apretó el gatillo. Aquella vez no se encasquilló, sonó el estampido.

Posiblemente, con el nerviosismo, Jeanne no había cargado por completo el arma, dejando un hueco en el tambor.

Pat agrandó los ojos. Una mancha comenzó a formarse en el pecho y fue agrandándose.

—No... —murmuró. Luego sus rodillas se doblaron y cayó hacia delante...

—¡Charles! —exclamó ella—. ¡Oh! ¡Qué horror...!

—Vamos —murmuró Charles—, te llevaré a la cama.

Se inclinó para recogerla y llevarla en brazos.

—Charles, te he estado llamando antes... ¡Oh! Si hubieses estado aquí... ha sido horrible.

Charles seguía caminando con la muchacha entre sus brazos.

—Ha sido un fin de semana espantoso...

—Ahora no hay tiempo para que me cuentes nada.

Charles tenía el ceño fruncido, grave el rostro. Jeanne se dio cuenta de que avanzaba, pero... ¡Hacia la terraza!

—¡Charles! ¿Dónde vas?

Entonces él sonrió enigmáticamente y ella comprendió demasiado tarde.

¡Iba a arrojarla!

¡Iba a echarla por la terraza!

—¡Charles! Tú también... Tú eres también de ellos.

Ya estaba en la terraza. Sólo tenía que asomarse y dejarla caer.

—Lo siento, pequeña... Llevo mucho tiempo planeando esto. Eres un estorbo demasiado grande.

Entonces, ella notó que las manos de Charles no tenían el tacto de la piel, usaba guantes de cabritilla. Había tomado el revólver, sin dejar sus huellas.

—Él también era un estorbo. Ahora no le necesitaba. Creerán que has sido tú y que luego te has suicidado.

—¡Charles!

Sólo tenía que asomar los brazos y dejarla caer.

¡Era el fin!

De pronto sonó un estampido y Jeanne se sintió empujada. Charles continuaba llevándola en brazos, pero iba hacia atrás.

Jeanne soltó un grito.

La frente del hombre estaba cubierta de sangre que manaba de un negro orificio.

Cayó y ella rodó por encima de su cuerpo, aterrada.

El disparo había procedido de la terraza del tercer piso de la casa de enfrente, justo el número 327.

## CAPÍTULO XXV

ERA el agente Holder quien había disparado. Ahora estaba en el apartamento de Jeanne con un compañero y el teniente de la división.

Jeanne volvía a estar en la cama. Holder murmuró:

—Ahora vendrá una auténtica turba a sacar fotos y tomar apuntes. No la molestaran en absoluto, Jeanne.

—Señor Holder... —empezó ella.

—Tranquilícese, pronto podremos poner en claro todo esto.

El teniente asomó por la puerta.

—Holder. Me comunican que Molly ha sido detenida al regresar a su casa. La han llevado a la brigada.

—Ahora iré, teniente. —Y dirigiéndose a la muchacha, prometió—. Hasta pronto.

—Gracias por no haberme abandonado, señor Holder.

—Mi nombre de pila es Andrew —sonrió él, le guiñó el ojo y salió de la habitación.

\* \* \*

Molly negó con la cabeza.

—No. No tengo nada que decir. Todo esto son patrañas que han inventado... Solicito la presencia de un abogado.

—De acuerdo, de acuerdo, señorita —sonrió Holder—. Pero tenga en cuenta que hemos detenido a otra persona, y ha firmado una confesión.

—¿Una persona? Es una trampa.

El teniente intervino:

—Tráiganlo.

Dos agentes salieron. Molly sentía aumentar su impaciencia, y su nerviosismo la delataba.

Regresaron los agentes. El hombre que llevaban era Sam. Sí, Sam el encargado de las calderas de la casa 327 de la St. George Street.

Molly bajó la cabeza.

—Ese hombre ha firmado su declaración voluntariamente. Sabe lo ocurrido y no quería verse mezclado en un asesinato. Hizo mal en ocultar la verdad antes, pero eso no le ha impedido decirlo ahora.

Tras una pausa, Andrew Holder continuó.

—Hace unos días, una persona le ofreció cien dólares por cada vez que le dejara utilizar un apartamento vacío del 327 de la calle St. George. Según él le pareció que no hacía nada malo y accedió. Era un buen precio... Bien, aunque no tenemos pruebas todavía, parece cierto que el motivo de utilizar ese apartamento era, ni más ni menos, que el de interesar primero a Jeanne... Es una muchacha de temperamento que tarde o temprano acabaría por acudir a la casa. La asustarían y después de armar un gran alboroto se probaría que en el apartamento no había nada y todo el mundo creería que Jeanne era una visionaria, una perturbada. ¡Ah!, Molly... En la confesión de Sam figura su nombre. Fue usted la que le sobornaba, y él la introducía por la escalera de emergencia. Así que usted sólo tenía que entrar por el callejón y bajar hasta la sala de máquinas para advertirle que iba a subir y entregarle el dinero. Ahora queremos que nos diga el resto. Puede llamar a su abogado si quiere, pero queremos la verdad.

—¡Qué más da! No hace falta, abogado. Todo se ha perdido...

Y Molly confesó.

\* \* \*

Tres días más tarde y apoyada con bastones Jeanne daba los primeros pasos, pocos porque los pies le dolían todavía.

Se sentó y pidió al agente Andrew Holder que continuara.

—Bueno. Es cierto que pretendían hacerte pasar por esa tal Mónica Lake. Tenemos ya los datos concretos. Querían que una vez que todo el mundo te creyese enferma, apareciera tu cuerpo en la calle en forma de aparente suicidio. En un caso así se hubiese efectuado una investigación rutinaria y el asunto hubiese quedado archivado.

—Pero...

—Aguarda, aguarda... Mónica Lake vive. La pobre está peor que antes. Pero no está internada, toda la pandilla la mantenían en un lugar apartado, habían sacado fotos de ella y consiguieron que imitase perfectamente tu letra, para firmar documentos... Entre ellos figuraba toda la cesión de tus acciones y demás bienes a nombre de Charles. Tales documentos habían sido firmados por Lake que sólo pensaban utilizarla en caso muy necesario, de lo contrario bastaría con la firma, y la fecha de casi tres años de antigüedad. O sea que jugaban con dos barajas. Primera si todo salía bien Charles diría que poseía el documento, desde mucho tiempo antes, pero que no se había hecho cargo de la administración porque tú se lo habías impedido y él siempre creyó que tú eras tú. ¿Me explico? Bien, si la cosa salía mal existía el recurso de sacar a Mónica Lake, con la excusa de que había estado recorriendo el mundo para no pensar en el pasado y entonces se hubiesen fechado los documentos con una data actual. Por último, tu muerte significaba para Charles el cobro de una póliza de vida a su favor. Una póliza suscrita por ti, de medio millón de dólares. Esa póliza firmada también por la Lake, tenía la fecha de cuando empezaron a tramitar todo esto. Naturalmente Charles pagaba las primas.

—¿Pero cómo la hubiera cobrado? Si se suponía que yo no era yo...—interrumpió ella.

—Tenían el plan de acabar con la otra, cuando estuvieran seguros de que ya no iba a serles útil.

—Pero ¿quién pudo tramitar semejante canallada?

—Charles... Es amigo desde hace tiempo de Molly. Ella le dio la idea al decir que en el sanatorio había una chica idéntica a ti... Charles era de los que gastan más de lo que ingresan... Tenía que procurarse dinero del modo que fuera y comenzó a barruntar algo inconcreto aprovechando tu parecido con el de la otra chica. Cuando tu padre murió, su idea fue perfilándose, y naturalmente la ayuda de Molly le sirvió de mucho ya que había trabajado largo tiempo con su padre.

—¿Y Pat Rowlan o Franzer o como se llame... qué pintaba en todo esto?

—Tenía varios nombres. El auténtico era Franzer y había sido

inspector, pero le expulsaron. Charles le utilizó porque prefería quedar siempre al margen de todo sin despertar sospechas, sobre todo sin que tú jamás pudieras tener la menor duda de él.

—¿Y tenía planteado también matarle?

—Sí. Para no dejar testigos. Por fin Molly tuvo que intervenir para estar cerca de ti y comprobar tus reacciones. Ella tenía que decidir el momento en que estuvieses madura... Naturalmente ha declarado que cuando se tramó esto no se mencionó para nada que hubiera sangre... Pero no creo que le sirva de mucho durante el juicio.

—¿Crees que... irá a la cámara de gas?

—Tendrá suerte si la condenan a treinta años, porque aunque no tomó parte directa en ningún hecho de sangre, sabía que tú tenías que desaparecer. Al menos el final sí lo sabía. En fin, esto ya depende del jurado.

—Cuesta creer una maquinación así.

—Naturalmente, Franzer o Pat Rowlan, para que me entiendas mejor, no tenía ninguna intención de declarar que había pertenecido a la compañía y de decir todo lo que me dijo. Pensaba realizarlo todo sin tener que declarar, pero al llegar yo la otra noche no tuvo más remedio de soltar lo que ya tenía preparado para un caso semejante. Por otra parte, esto precipitó los acontecimientos, porque según lo previsto, al iniciarse una investigación con respecto a Franzer, Charles habría tenido que salir en su defensa y declarar que era cierto..., que le permitió la investigación bajo su responsabilidad y lo que Charles deseaba, en realidad, era no tener que intervenir para nada, así que cuando Molly le informó que esa noche concluiría todo porque Franzer había ido ya a la casa, se apresuró a ir él también y así mataba dos pájaros de un tiro, desaparecía otra vez y no entraba en el asunto, porque la cosa quedaría suficientemente clara... En apariencia, tú habrías disparado contra Franzer por venganza y después te habrías suicidado.

—Empezó con mentiras, pero tenía un extraño poder de persuasión.

—Quería destrozar tu sistema nervioso, confundirte. Diciéndote primero que había sido compañero de Albert Steven y luego inventando cosas para minar tu estado de ánimo.

—Pero me pareció que quería ganar mi confianza.

—Tanto mejor para él. Poco a poco te habría pinchado con el asunto de esa casa de ahí en frente. Te hubiera inducido a que fueras si no salía de ti... Y para la policía si llegaban a descubrirle siempre le quedaba el cuento de que era inspector... Pero para el plan lo mejor era que nadie le viese ni le pudiera identificar. De este modo se convertía en un personaje fantasma, fruto de tu imaginación, o sea una baza más contra ti.

—Gracias por haber estado tan oportunamente ahí delante.

—Regresé apenas había dejado a Franzer. No pensé que volviera él, pero se me ocurrió que esa casa podría servirme para vigilar la tuya y por otra parte echar otra ojeada... Me costaba trabajo creer que mintieras con respecto a esas apariciones. A propósito, Molly utilizaba una gabardina y un sombrero de hombre para el caso de que pudieras echar mano de unos prismáticos. De este modo te confundía... Y esto es todo. Ahora no se hable más del asunto.

—Gracias, Andrew...

—Vendré a verte todos los días.

Lo cual parecía indicar que terminada la labor como policía, el agente de primera Andrew Holder no daba por terminada enteramente su misión.

Ella sonrió.

Sí, por primera vez estaba delante de un hombre y no sentía el temor de sufrir un nuevo desengaño.

A pesar de ignorar por completo los manejos de Charles... algo así como un sexto sentido la hizo permanecer siempre en guardia hacia él.

Ahora, con Andrew, era distinto.

Se despidieron en la puerta. El la barbilleó.

—Hasta pronto.

—Hasta que quieras —repuso ella.

Atardecía y el tiempo seguía caluroso. Entró en la habitación tomó la bata y se desabrochó el vestido. Iba a quitárselo, pero como si le asaltara un temor miró por la ventana hacia el tercer piso de la casa de enfrente.

No, no había nadie.

Pero por si acaso... Cerró.

FIN



Las mejores obras de:  
**"SUSPENSE", ESPIONAJE  
Y POLICIACAS**

escritas por los mejores  
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos  
colecciones son prueba evidente  
del favor que el público dispen-  
sa a nuestras series populares



**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

**PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.**

Impreso en España